

Arcanos Tv Show

Mor Ilargia



ARCANOS

TV SHOW

LA BÚSQUEDA DE LOS ESPÍRITUS



MOR ILARGIA

Capítulo 1

PRÓLOGO

Bajo la luz y mirada de miles de estrellas, en medio del desierto más árido del planeta, Sina cayó de rodillas.

Sus ojos violeta encontraron los de la matriarca del clan Amatista quien, sin una pizca de piedad, tiró de su collar de cuentas y le arrancó todos sus espíritus.

El frío de la noche no era nada comparado con el que invadió todo su cuerpo cuando las ciento ocho almas le fueron despojadas. Almas que habitaron su interior durante diecisiete años, desde que naciera.

El viento agitó su cabello castaño cuando sostuvo la mirada de su abuela. Las demás mujeres eran meras sombras cerrando un círculo alrededor de la matriarca.

—Ya no eres la heredera —escupió la anciana, el collar de ciento ocho cuentas vibrando en su mano.

Sina pudo sentir, por un instante, las voces de sus espíritus llamándola. Traicionados.

«Lo siento», pensó.

No podía hacer nada.

Se puso de pie, tambaleante y debilitada. ¿A dónde habían ido las voces? De pronto, su propia mente le pareció un lugar solitario.

Cruzó el círculo de mujeres y dio los primeros pasos en el desierto, alejándose de su hogar en dirección al exilio.

—Siempre seré la heredera —murmuró, entregándose a su destino.

#

A cientos de kilómetros de distancia más al sur, cuando el alba comenzaba a rayar el horizonte, Herio despertó de un sueño.

Se sentó en la cama y su cabello negro cayó sobre su rostro. Las sábanas pegadas al cuerpo, la piel húmeda por la agitación. Miró sus manos, temblorosas aún por un sueño más real que muchas cosas en su vida. El mensaje grabado a fuego en su mente.

La gema de Amaia. La oportunidad para encontrar lo que había perdido y acabar con su maldición.

A su lado, Minara se removió, despertando también. La joven hechicera se sentó, las sábanas cayendo por su piel desnuda. Lo miró con el pelo dorado revuelto.

—¿Qué sucede? —preguntó, somnolienta.

El joven la observó un momento, intentando disipar la sensación del sueño, que aún impregnaba su espíritu.

—Minara —murmuró—. ¿Recuerdas ese estúpido programa de televisión que van a emitir?

Ella lo miró frunciendo el ceño.

—¿Ese donde un montón de ginkai van a pelearse por una gema de mierda?

Herio sonrió.

—Ese mismo. —Estiró una mano y acarició el suave mentón de su compañera—. Mañana, a primera hora, nos inscribimos.

Los ojos naranja de la hechicera se ampliaron de sorpresa. Abrió la boca para replicar, pero Herio se lo impidió, tapándola suavemente con su pulgar.

—No es ninguna gema de mierda, Mina.

Herio se quitó las sábanas de encima y se levantó. Se puso los pantalones y una sudadera sobre el torso desnudo, mientras miraba el amanecer asomando en la ventana.

Se volvió hacia Minara y los ojos negros del joven destellaron con los

primeros rayos del sol.

—Es la gema, que al fin, cambiará mi destino.

Capítulo 2

Capítulo I

Encuentros

"Un día lo supe; que la libertad está en nuestro interior"

Diario de Amet.

Sina se sentía diferente. No era por haber dejado su hogar por primera vez, estaba segura de eso. El viento marino estremecía su piel y agitaba su largo cabello castaño mientras ella se notaba... liviana.

Tal vez era porque estaba vacía por dentro, ahora que no tenía sus espíritus.

¿Cómo explicarlo? Extrañaba las voces en su interior. Extrañaba sentir esas cientos de almas fundidas con la suya. Sin embargo, al mismo tiempo, por primera vez se sentía... libre. Aunque no sabía libre de qué.

Y por otro lado, estaba el hambre. Sentía más hambre de lo normal. Como si antes, cuando estaba llena de espíritus, no hubiera tenido esa necesidad tan atroz todo el tiempo.

¿Dónde había dejado esas galletas? Revisó en los bolsillos exteriores de su mochila, pero no las encontró.

Suspiró y comenzó a caminar entre el grupo de gente que esperaba su turno, ahí en la explanada frente al castillo. Un montón de personas de distintas edades. Algunos izadkai, supuso, pero la mayoría ginkai. Más de cien personas ahí reunidas, con el enorme Castillo de Mérida proyectando su sombra sobre ellos, encaramado en el acantilado que daba al mar.

Era una locura. Estaba lleno de personas de la producción del programa corriendo de un lado a otro, con cámaras, luces y aparatos que ella no conocía. También había drones, tecnología ginkai que su hermana le había explicado. Pasaban volando sobre las personas, grabando para los millones de espectadores.

«Los ginkai están locos», pensó. «Solo ellos convertirían la conquista de un castillo mágico en un estúpido programa de televisión»

Suspiró. ¿Cómo pensaban los ginkai conquistar ese castillo sin poderes mágicos? Observó a un grupo de ellos, todos vestidos de blanco,

apiñados, murmurando y conspirando juntos. Notó que otras personas llevaban armas, de distintos tipos.

Como si con eso fueran a derrotar un castillo mágico.

«¿Y cómo es que yo, la heredera de un clan ancestral, me he prestado para este circo?»

Intentó alejarse del grupo de gente para contemplar el castillo desde más cerca. Sin embargo, en eso escuchó que la llamaban y un ginkai se le acercó, portando un micrófono y vestido con un aparatoso abrigo, a pesar del calor que hacía. Lo seguía otro con una enorme cámara cargada al hombro.

—¿Puedes concedernos una entrevista? —preguntó el ginkai.

Sina frunció los labios, algo incómoda.

—Supongo —dijo.

El ginkai de la cámara encendió una luz, que la apuntó de forma molesta al rostro. El otro, del micrófono, se paró junto a Sina y empezó a hablar mirando el aparato.

—¡Aquí tenemos a Sinamoon del clan Amatista! Sí, señores. La heredera de uno de los dos clanes ancestrales de nuestro país, inada menos! Señorita Sinamoon, ¿podría decirnos cómo le permitieron salir del Cráter Amatista?

«Ex heredera», pensó, mientras observaba al ginkai y fruncía el ceño.

—No —respondió.

Él la miró un momento, confundido.

—¡Excelente! —exclamó—. ¿Podría decirnos entonces por qué está aquí?

Ella frunció más el ceño.

—Por el premio, es evidente.

—¡Qué señorita más simpática! —exclamó el ginkai, sin dejar de sonreír—. ¿No es genial que no solo tengamos una heredera ancestral participando, sino dos?

«¿Dos?» Sina se puso tensa, buscando, mirando alrededor. Pero eran demasiados participantes, todos revueltos y algunos respondiendo

entrevistas.

El ginkai volvió a dirigirse a ella.

—¿Podría contarnos un poco sobre sus poderes mágicos? —preguntó—. ¡La gente se muere por saber qué hechizos y pociones puede hacer una chamán!

De pronto, Sina recordó por qué detestaba a los ginkai.

«¿Hechizos, pociones?».

—No soy una maldita hechicera —dijo.

—¿No? ¡Ah, claro! Su prima Minara, la otra concursante, es una hechicera ¿Ella hace ese tipo de cosas? —preguntó el ginkai, acercando el micrófono.

«Demonios —pensó—. ¿Minara es la otra?» Se maldijo a sí misma. Había supuesto que habría otros izadkai, como ella, en búsqueda del premio principal. ¿Pero, Minara? Eso significaba que tendría las cosas más difíciles de lo que ya eran sin la hechicera participando también.

—Ella hace esas cosas de mal gusto —confirmó Sina.

Paseó la mirada por el lugar, pero no vio rastro de Minara.

—¿Y qué hace una chamán? —insistió el hombre—. ¿Es una especie de curandera?

Sina suspiró, impaciente.

—Nosotras, las chamanes, unimos los dos mundos, ginkai. Este y el otro. Dobleamos a los espíritus a nuestra voluntad.

«Bueno. Tal vez eso último ha sido algo exagerado.» Pero dudaba que el ginkai lo notara.

—¡Estupendo! Que facultad tan útil... Supongo ¿No es así, Jored? —preguntó, mirando al hombre que sostenía la cámara—. Entonces, señorita chamán, ¿planea usted unirse a su prima, Minara, para alcanzar el premio final? ¡Será una competencia muy difícil!

—Claro —Sina dedicó la sonrisa más cínica y amplia que pudo—. Las mujeres deben unir fuerzas, siempre.

El periodista asintió, encantado.

«Claro que será difícil —pensó—, si Minara está metida en el medio.»

Respondió otro par de preguntas sin relevancia que hizo el ginkai y luego se alejó, ofuscada. Se abrió a empujones entre el montón de personas, comenzando a desesperarse. Se acercó a la baranda que impedía la caída al acantilado, desde donde podía verse el mar y el enorme castillo encaramado en la roca, alzándose sobre las aguas. Observó el oleaje, intentando despejarse.

¿Cómo podía Raiana haber dejado su hogar para irse a vivir con esa gente tan odiosa? Nunca había entendido a su hermana y su gusto por esas personas. Los ginkai eran todos iguales, preocupados de cosas estúpidas como sus cámaras, su dinero y sus juegos.

Los odiaba. Pero tenía que soportarlo. Necesitaba la gema. Soportaría todo eso con tal de tenerla. Para eso había dejado todo atrás ¿no?

«...»

El vacío en su mente la inquietó. Estaba demasiado acostumbrada a que sus espíritus, alguna voz, respondiera a sus reflexiones interas.

Antes de obtener la gema, debía encontrar algún espíritu para unir a su alma, o perdería todas sus facultades. Además, no le gustaba ese vacío interior.

Miró el enorme Castillo de Mérida. Un castillo encantado, donde habían muerto miles de ginkai durante generaciones. De seguro había algún espíritu ahí.

Suspiró y levantó la vista al escuchar que la baranda crujía levemente. Un joven se apoyó en la madera a su lado, mirando la caída hacia el mar y cómo las olas rompían contra el castillo a su derecha.

—¿No es increíble? —preguntó él, pensativo, su cabello negro agitándose con el viento. Tenía un ligero acento al hablar y Sina notó el mango de una espada sobresaliendo de una vaina cruzada a su espalda—. Un Castillo como este... en territorio ginkai. ¿Quién lo habría pensado? ¿De verdad podrá acabar con mi maldición?

El joven bajó la vista hacia Sina y cuando sus miradas se encontraron, ella soltó un grito de espanto y retrocedió, casi tropezando, su mochila cayendo al suelo.

Del joven de pronto emanaba un aura horrorosa, remolinos de hebras negras y verdes, como vapor enroscándose a su alrededor. Un aura

intensa e inconfundible; un aura de muerte.

«¿Qué demonios?»

Sina recuperó su mochila del suelo y retrocedió unos pasos. El joven la miró y frunció el ceño. Claramente él no era consciente de cómo esa aura lo rodeaba, de cómo la muerte lo acechaba. Sina sintió lástima por él, pero no pensaba mantenerse cerca.

Se volvió a poner la mochila en la espalda y se escabulló lo más rápido que pudo entremedio de los demás participantes, alejándose de él.

#

Herio contempló como la chica se alejaba entre la gente. Y él que había tratado de ser amigable...

—Esa era mi prima —dijo una voz a sus espaldas. Herio se volvió y Minara le pasó el mango de la enorme maleta con ruedas que arrastraba—. No vuelvas a dejarme con esta cosa tuya.

Los ojos naranjos de la hechicera brillaron con el sol, sus rizos dorados cayendo alrededor de sus hombros, como siempre perfectos.

—¿Esa es tu prima? —preguntó Herio, sorprendido y tomando de nuevo su maleta—. Por el escándalo que ha hecho la producción anunciando que habría dos herederas... Y bueno, conociéndote a tí... Esperaba algo más... no lo sé. Imponente.

Minara frunció sus bonitos labios.

—Debería serlo —murmuró—. Es extraño, normalmente tendría cientos de espíritus con ella.

Herio se apoyó en la baranda.

—¿No puede estar ocultándolos?

—Imposible —dijo Minara—. Puede ocultarlos de algunas personas, supongo. Pero no de mí. Yo los sentiría. Estoy segura de que no los tiene.

—¿Crees que sea un rival para ti, entonces? —preguntó Herio—. ¿Aunque no tenga sus espíritus?

Minara asintió.

—Por supuesto. Lo será. Sigue siendo un chamán. Y no cualquiera; es la heredera de su clan, como yo del mío. —Minara miró al grupo de

participantes, pensativa—. Me pregunto cómo la dejaron salir... El clan Amatista es terriblemente hermético, Herio. Es muy extraño que ella esté aquí.

Herio sonrió, satisfecho.

«Tal vez esto no sea tan aburrido, después de todo», pensó.

En ese momento sonaron unas campanadas y la gente de la producción comenzó a hacer señas a los participantes para que se ordenaran. Al fin abrirían el portón para iniciar el descenso a la base y entrada del castillo.

Al fin, daría inicio la primera prueba. Estaba seguro de que no todos esos ginkai serían capaz de entrar.

Él y Minara avanzaron para ponerse en la fila. La maleta que Herio arrastraba se agitó, compulsiva, casi escapando de sus manos.

Minara le lanzó una mirada molesta.

—Controla esa cosa —murmuró.

Herio contuvo su aura, intentando no traspasar su emoción a la criatura que llevaba encerrada en la maleta.

No fuera a ser que lo expulsaran, antes siquiera de haber iniciado el programa.

Gracias por leer!!

Capítulo 3

Capítulo II

El Castillo de Mérida

"Mérida nunca fue —o será, dependiendo cuando leas esto—, un lugar.

Era —será—, más bien, un espacio entre lugares."

El Diario de Amet.

Cuando Sina dio un paso, cruzando el arco de piedra, supo que había entrado a otro mundo.

En realidad, solo era el arco que definía la entrada a los terrenos del Castillo, el inicio del camino de descenso, irregular y escarpado, hasta la base. Un camino sinuoso entre las rocas del acantilado.

Pero aún así, estaba en otra realidad. Lo supo como se sabe que se está despierto. Había sido un cambio perceptible, como una inquietud en el aire, o una degradación en los colores que la rodeaban.

Y las cientos de personas se apretujaban para bajar por ese peligroso camino. Ella se dejó arrastrar, consciente del riesgo, pero no podía quedarse atrás.

Se aferró a la baranda de madera, que delineaba todo el sendero. Abajo, cientos pies de altura y luego la meseta donde estaba la entrada al castillo. El camino se curvaba en varias partes y en algunas, podía verse la caída al mar, a la izquierda.

Caminó despacio. El sendero era resbaloso, la tierra húmeda formando barro. El viento soplaba ahí con más fuerza que en el sector donde habían estado esperando y Sina se arrepintió de haber dejado su eskepi en la mochila. Sus brazos temblaban de frío.

«Ojalá tuviera a mis espíritus», pensó, extrañando sus voces y sus concejos. Su mente estaba tan vacía... Tan sola. Con ellos todo eso hubiera sido más fácil.

¿Qué era un chamán sin sus espíritus acompañantes, sus familiares?

«Nada. Terminaré siendo como un ginkai, sin magia.»

También se arrepintió de haber perdido sus galletas. Su estómago rugía. Entre el frío y el hambre, comenzaba a sentirse realmente mal.

Después de varias curvas descendiendo, intentando no mirar la caída hacia abajo, empezó a cansarse también de los murmullos. Se le metían en la mente. Los ginkai eran tan molestos... ¿Cómo podían hacer tanto ruido? En vez de ayudarse, se empujaban unos a otros y los murmullos taladraban el cerebro.

La madera de la baranda resbalaba entre sus manos.

Delante de ella un hombre empujó a otro y comenzaron a pelearse. Sina no quería meterse en ninguna pelea, pero no podía seguir bajando, pues los hombres ahora forcejeaban en medio del estrecho camino.

—Eh, disculpa —dijo alguien alguien a su espalda

Sina se volvió y vio a una chica, más o menos de su edad y una melena negra sobre los hombros, que la miraba con la mano extendida, mostrando un paquete plateado.

—Se te cayeron arriba, junto a la baranda —murmuró la chica.

Parecía algo nerviosa. Sus zapatillas estaban cubiertas de barro, incluso también sus jeans.

—Gracias —dijo Sina.

Tomó el paquete de galletas con ansiedad. ¿Quién era esa criatura tan generosa que, en vez de comerse sus galletas, se las devolvía?

La chica se aferró a la baranda y bajó un momento la mirada hacia el precipicio, poniéndose pálida. Luego agitó su melena negra y se apartó de la baranda para rodear a Sina y después volver a aferrarse a la baranda.

«Empújala.» La voz en la mente de Sina fue clara. Cada participante menos era un enemigo menos ahí dentro. Un pensamiento lógico, que incluso fue casi un pensamiento propio.

Pero Sina había convivido con voces en su mente durante mucho tiempo. Supo de inmediato que no era un pensamiento que proviniera de ella.

Además, esa chica le había devuelto sus galletas.

Haciendo uso del entrenamiento espiritual de años, cerró su alma.

Los murmullos cesaron de inmediato. Todos esos murmullos que llevaba un buen rato escuchando, se esfumaron.

Miró a su alrededor y vio la inquietud que parecía envolver a todos. Los dos hombres que se peleaban un poco más abajo y otros ginkai que se gritaban.

El ruido, que había atribuido a los demás participantes, jamás había provenido de ellos.

La chica de melena bajaba hacia los hombres que se peleaban, pegada a la baranda. Trató de pasar por un lado de los dos ginkai que se empujaban, pero pasó a llevar la espalda de uno de ellos.

El hombre, con una violencia exagerada, se volvió y la empujó contra la baranda. Luego, como si fuera una reacción natural, sacó una pistola de debajo de su chaqueta y apuntó a la chica.

—¡Es tu culpa! —gritó, con el rostro rojo de ira—. ¡Este error siempre fue tu culpa! ¡Y ahora quieres empujarme!

La chica abrió unos aterrados ojos celeste, mirando el cañón del arma. Sina vio en la mirada del hombre la decisión, la absoluta certeza de seguir la orden que estaba recibiendo. Ciego a todo cuanto lo rodeaba.

—¡Hey! —Sina dio un paso hacia él y cuando el hombre la miró, le tiró el paquete de galletas en la cara.

El hombre parpadeó un momento confundido. Luego su rostro enrojeció aún más y apuntó a Sina con la pistola.

«Genial. Qué inteligente Sina. Serías el orgullo de tu clan.»

No tenía espíritus. No tenía armas... ¿Por qué demonios había hecho algo tan tonto?

«Es culpa del hambre.» O tal vez no tener espíritus no solo la volvía débil, sino también estúpida.

El hombre, la miró con ojos desorbitados y avanzó hacia Sina. Se detuvo, con el cañón a menos de un metro de su cabeza.

«Tonta, definitivamente.»

#

Herio avanzó entre los ginkai, conteniendo las ganas de empujar a unos cuantos. Eran muy torpes. Nunca le habían gustado, pero ahora sentía unas ganas terribles de lanzarlos a todos por el acantilado.

«Camino de mierda», pensó, viendo el barro en sus zapatillas. No había traído otras de recambio. Y sus pantalones eran un desastre. La maleta que arrastraba se atascaba cada dos pasos con el barro.

Se asomó a la baranda, sintiendo el viento que lo golpeaba con fuerza, congelando la piel, a pesar del sol que había.

Observó que en esa parte del camino, el acantilado daba a la meseta media donde estaba la entrada del castillo.

«Tal vez debería tirarme —pensó—. No vale la pena vivir con este barro pegado en el cuerpo, este frío colándose hasta los huesos.»

—¡Minara! —llamó, haciendo señas a la hechicera.

Ella, que iba a un poco más adelante, se volvió y retrocedió. ¿Cómo lo hacía? Parecía que el camino no suponía ningún problema para ella. ¡Ni siquiera tenía manchadas sus botas!

—El maldito castillo está tratando de meterse en mi cabeza —dijo Herio—. Necesito ayuda o terminaré lanzándome por el acantilado.

Minara lo miró, frunciendo el ceño. Los ginkai pasaban por al lado de ellos, lo más apegados a la roca que podían.

—Eres muy débil —replicó Minara.

Pero estiró su mano y tocó con sus dedos fríos la frente de Herio. De inmediato el joven sintió como si el sonido a su alrededor cambiara. Ahora todo parecía mucho más tranquilo, sin ese constante murmullo a su alrededor.

—Gracias —dijo, con una sonrisa—. ¿Me ayudas también con la maleta?
—Apuntó la caída del acantilado, que daba hacia la entrada del castillo—. ¿Puedes ponerle una protección?

La hechicera observó la caída y se encogió de hombros.

—Supongo —dijo—. Tampoco me molestaría si esa cosa estalla en mil pedazos.

Herio frunció los labios, molesto, mientras unos ginkai pasaban, empujándolos. Se estaban gritando cosas. Todos parecían ligeramente alterados, probablemente por los murmullos del Castillo, apoderándose de sus mentes. Como si el frío de mierda no fuera suficiente para alterar a alguien.

—Minara... —dijo finalmente, agitando la maleta—. Dime si puedes bajarla sin que se haga daño.

La hechicera bufó.

«Genial. Primer bufido del día.»

—Por supuesto que puedo —dijo, al fin.

Herio asintió. Minara cerró los ojos murmurando unas palabras y luego, con un gesto de asco en su rostro, tocó la maleta de Herio con la mano. La retiró rápidamente.

—¡Puaj! No puedo creer que me hayas hecho tocarla. Pero ya está. Puedes lanzarla.

Herio asintió. Levantó la maleta, pasándola por sobre la baranda. «Lo siento, Ruoti.», pensó y luego lanzó la maleta por el acantilado.

Sintió un momento de terror al ver como la maleta caía, preguntándose si Minara se había equivocado. Pero la maleta comenzó a disminuir la velocidad cuando estaba por llegar abajo, agitándose, como si un viento hiciera resistencia contra ella. Finalmente llegó a la meseta con un golpe, pero no tan fuerte como para causarle daño.

«Claro que Minara no se equivoca.» Soltó la madera de la baranda, los dedos algo adoloridos. Se había puesto demasiado tenso.

—Gracias —dijo. Miró a su alrededor—. ¿Estos ginkai van a eliminarse entre ellos?

Dos ginkai más abajo comenzaban a gritarse. Varios drones de la producción pasaron zumbado sobre sus cabezas, grabando.

—¿Vas a deshacerte también de esa otra cosa horrorosa? —preguntó Minara, apuntando el mango de la espada de Herio que sobresalía detrás

de su espalda.

Esta vez el que bufó fue él.

—Obvio que no. ¡Hey!

Unos ginkai lo empujaron, haciendo que se golpeará contra la baranda. Minara maldijo a su lado, cuando tres personas pasaron corriendo y gritándose. Una de ellas empujó a otra. La persona resbaló con el barro y pasó de largo, del otro lado de la baranda.

Herio sintió el vértigo en su propio cuerpo cuando vio el cuerpo del ginkai que caía, gritando, y como se golpeaba finalmente en las rocas de más abajo. Su cuerpo quedó estampado, cerca de donde había caído la maleta de Herio.

Frunció el ceño, observando de nuevo hacia el camino.

Un poco más allá, había comenzado otra pelea y un hombre apuntaba con una pistola a una chica, cuyo cabello largo y castaño se agitaba con el viento. La mano del hombre tembló, su mirada impregnada de determinación.

—Espera —dijo Herio, tomando a Minara del brazo—. ¿Esa no es tu prima?

#

Sina sintió el terror invadiéndola cuando vio el cañón del arma a menos de un metro de distancia. Desvió la vista un segundo a la chica a su lado, que cayó arrodillada al suelo, presa del pánico.

Volvió a mirar el cañón, como si con eso pudiera detenerlo. Como si todo ocurriera muy lento, vio el dedo del hombre deslizándose hacia el gatillo.

Entonces, sintió el calor en su espalda y luego vio como una bola de fuego golpeaba al hombre en el pecho. El ginkai exclamó de dolor, dejó caer el arma y se retorció, intentando apagar las llamas de su ropa revolcándose en el barro.

Un dron llegó zumbando y empezó a girar sobre el hombre, grabándolo.

Sina se volvió sobre su hombro, temblando ligeramente, y vio a Minara apuntando con su mano extendida hacia ellos. Sus ojos naranjos destellaban y Sina pudo ver el aura dorada a su alrededor, un momento antes de que se extinguiera. A su lado estaba el joven que había visto

antes, con el aura de muerte aún rodeándolo.

Minara caminó hacia ellos, lanzó una mirada a Sina y luego al hombre que había logrado apagar las llamas, ahora mojado y cubierto de barro. Minara frunció los labios y siguió caminando, perdiéndose entre los ginkai, sin decir nada.

Sina vio que el hombre se sentaba en el barro y la observaba, enfurecido, las ropas chamuscada y la piel roja. Luego miraba alrededor, buscando. Entonces sin pensarlo, la joven tomó el arma que había caído cerca de sus pies, antes que lo hiciera el ginkai y lo apuntó. La chica a su lado, aún arrodillada en el barro, lanzó una exclamación.

Sina miró al hombre que había tratado de matarla. Sintió su mano temblar mientras empuñaba la pistola. Pero eso no impidió que apretara el gatillo.

No sucedió nada.

Entonces, el joven que andaba con Minara, el que tenía esa horrible aura de muerte, le quitó la pistola de la mano.

—Te ayudo —dijo. Tomó el arma, apuntó al hombre e hizo algo con su mano izquierda en la parte trasera de la pistola, provocando un sonido de click. El hombre del suelo agitó sus brazos, pidiendo piedad—. Estúpido ginkai.

El estruendo sonó con fuerza incluso por sobre el sonido del viento. Los ginkai que estaban detrás de ellos se quedaron paralizados y los de adelante echaron a correr, empujándose y resbalando.

El hombre cayó hacia atrás, con la frente perforada y la sangre corriendo entre la tierra mojada.

La chica al lado de Sina se tapaba la boca, mirando el cadáver.

El joven lanzó el arma por el acantilado y, sin decir nada más, siguió bajando. Al irse, aplastó el paquete de galletas que se abrió, destruido entre el barro.

A pesar de eso, Sina sintió un profundo alivio. Por un momento, creyó que iba a morir.

No sería la primera vez que lo hiciera, pero no es que tuviera intención de andar muriendo por ahí.

Desvió su atención hacia el cadáver del ginkai muerto. Ningún espíritu se

alzaba del cuerpo ni merodeaba cerca. Era muy extraño.

Se acercó y lo observó desde distintos ángulos.

—Está muerto —susurró la chica, embarrada en el suelo.

«Así veo —pensó Sina—. Entonces... ¿dónde está su espíritu?»

La gente volvía a pasar junto a ellas, evitando el cadáver. Sina se asomó a la baranda y miró algunos cuerpos tirados abajo en la meseta. Varios habían caído entre el caos, empujándose unos a otros.

«¿Por qué no hay ningún alma entre los cuerpos?»

Había tenido la esperanza de que si mataba al ginkai, tal vez podría quedarse con un espíritu y recuperar algo de sus facultades.

«Aunque dudo que un espíritu de alguien que acabo de matar hubiera querido vincularse conmigo.»

Sacó su eskepi de la mochila y se lo puso, sintiendo el alivio de la tela negra y suave, la comodidad de sus mangas anchas. Empujó con el pie el cuerpo del hombre. Pesaba mucho, pero luego de un poco de fuerza, y estando ya bastante cerca del borde, logró hacerlo caer hacia el abismo.

La chica que había ayudado se levantó y la miró, toda sucia, sus ojos celestes destacando en su rostro embarrado. Tenía la mirada algo perdida.

—Gracias —murmuró—. Supongo.

Sina frunció el ceño. Los ojos de la muchacha parecían sombríos. Tal vez aún estaba conmocionada.

—No lo pensé demasiado, la verdad —admitió Sina.

Había sido una reacción tonta. Además, había desperdiciado sus galletas.

—De todas formas —continuó la joven. Miró el cielo, como si ahí hubiera algo importante. Su corta melena oscura se agitó—. Me salvaste la vida. Cuando... Tal vez, yo... No. No puedo decir esas cosas en voz alta. ¡No soy capaz de admitirlas siquiera a mi misma! —Volvió sus ojos hacia Sina otra vez. Ya no parecía confundida—. Estoy viva.

Sina frunció el ceño, sin haber entendido nada.

—¿Están bien?

Ambas se giraron y vieron que se acercaba otra muchacha.

—¡Patme! —exclamó la chica que Sina había ayudado. Caminó temblorosa hacia la recién llegada.

Patme tenía un largo cabello colorín y pecas en el rostro. Llevaba una mochila enorme e iba vestida con pantalones blancos y zapatos rojos, totalmente inadecuados para ese lugar, pero asombrosamente limpios.

—Eso ha sido muy valiente —dijo, posando unos ojos verdes en Sina—. No se si fue algo muy inteligente, pero fue valiente. —Se volvió hacia la chica de melena—. ¿Estás bien Menad?

La chica que Sina había ayudado asintió.

—Estoy bien. —Menad suspiró, corriéndose un mechón de cabello negro del rostro—. Aunque debo meditar mucho sobre lo que viví. Aún no lo comprendo del todo. Solo sé que... esta chica me ha dado una nueva forma de ver el mundo. Necesito tiempo para procesar todo esto. ¿No crees que es grandioso? ¿Lo que nos ha hecho la vida? ¿Este momento? ¿Este castillo? ¡No se abrirá paso en mi mente, porque mi mente está demasiado llena!

La pelirroja lanzó una mirada a Sina y luego a Menad.

—Claro —dijo—. Por supuesto, Menad.

—¿Tienes algo de comida, Patme? Por favor —preguntó Menad.

La pelirroja asintió, sacó algo de su mochila y lo desenvolvió, entregándole una barra alargada a Menad.

La chica se limpió las manos en los jeans antes de tomar la barra, agradeció y la partió por la mitad. Extendió un trozo hacia Sina.

—Es una barra de cereal —dijo. Al ver como Sina miraba recelosa, masticó un poco de su pedazo—. Te hará sentir mejor. Además, por mi culpa perdiste tus galletas. Creo que es lo mínimo que puedo hacer por ti.

Sina titubeó, pero su estómago se contrajo al ver como la chica masticaba. Estiró la mano y tomó la barra de cereal. La observó, preguntándose si sería una trampa. Ahí todos eran enemigos. Todos querían lo mismo.

Pero la mirada de la chica parecía sincera.

A quien engañaba, estaba muerta de hambre. Vio que la pelirroja asentía, animándola y finalmente masticó la barra de cereal.

Se sintió maravillosa.

A su lado, unos ginkai pasaron gritando y bajando más rápido de lo que parecía prudente. No quedaban muchas más personas en el camino sobre ellas, ya casi todos estaban llegando al final o habían caído por el barranco.

—Continuemos bajando juntas, ¿les parece? —propuso la pelirroja—. Así podemos protegernos entre las tres. Lamento haber estado lejos, Menad. Aunque... creo que no habría podido hacer demasiado. Algo extraño pasa en este lugar. Me alegro que esta muchacha te haya ayudado.

—Lo curioso —murmuró Menad, con la mirada algo perdida otra vez—. Es, precisamente, que yo también me alegro.

Sina observó a la pelirroja, Patme. No lograba decidir si era una ginkai o izadkai, pero desde que estaba sin espíritus ver el aura de la gente no le era tan fácil, salvo que se manifestara con fuerza.

Observó las ropas de la muchacha, imaculadas. No sabía si podía confiar en alguien que llevara pantalones blancos en ese lugar y aún no los hubiera manchado.

A pesar de eso, le había dado comida.

Se terminó de comer su pedazo de barra de cereal y se sintió mucho mejor.

Nunca había sido buena evaluando a la gente, pero decidió que acababa de hacer nuevas amigas.

—Vamos juntas —aceptó—. Por ahora.

—Por ahora —repitió Patme, con una sonrisa en los labios.

«Además —pensó Sina—, ninguna de las dos sucumbió a murmullos del Castillo. Tal vez no son simples ginkai.»

Menad suspiró. Un fuerte viento azotó el camino, como si quisiera empujarlas.

—¿Lo ven? —dijo Menad—. La desconfianza visible y palpable entre ustedes no sirve de nada, ya verán. Creemos que somos enemigos unos

de otro, pero los enemigos están en las sombras, más allá de todo esto. ¡El enemigo está en nuestra mente! No somos nada comparado con eso. Podríamos preguntarnos por qué ha pasado esto. —Estiró su brazo y apuntó a los participantes que ya comenzaban a llegar abajo—. O por qué ellos han llegado antes. Por qué sus mentes han estado libres o por qué los que han caído, como sacos sin vida, han merecido la muerte. Pero nada de eso...

Sina dejó de prestarle atención y empezó a descender otra vez, afirmándose a la baranda.

Un dron pasó zumbando sobre ellas y Sina, escuchando el monólogo de Menad detrás de ella, empezó a hacerse una idea de por qué el Castillo no había podido meterse en la mente de esa chica.

Al menos, la voz de Menad llegando a ella mientras bajaba, la ayudaba a no sentir tanto la ausencia de sus espíritus. Ese vacío en su mente, que se preguntaba si podría superar alguna vez.

«Tengo que superarlo», pensó. Necesitaba la gema de Amaia. Aunque le hubiera costado sus espíritus.

Aunque le costara la vida.

#

A no mucha distancia del castillo, en una antigua posada del puerto, una joven observaba la pantalla que titilaba en la oscuridad. El viento nocturno llevó el olor del mar hasta ella y le produjo escalofríos.

O tal vez, escalofríos le producía lo que en ese momento observaba en la televisión.

La joven se inclinó ansiosa sobre la pantalla, apartando el largo cabello castaño de su rostro. Intentaba encontrar, entre la centena de personas grabadas por el dron, a la que ella buscaba. Aquella que hizo latir su corazón en cuanto la vio.

Se puso de pie y se acercó, como si con eso pudiera agrandar la imagen. Como si con eso pudiera estar más cerca de ella.

«¿Qué error he cometido?», se preguntó, al ver a Sina entre los participantes.

Sus ojos se anegaron de lágrimas, porque sabía lo que estar en el mundo ginkai haría sobre alguien como Sina. A ella casi la había destrozado. Para Sina sería aún peor. Había sido totalmente educada para ser la heredera de un clan de fanáticos... ¡No había salido del cráter Amatista en dieciocho

años!

Y Sina había venido desnuda. Raiana, sacerdotisa del clan Amatista, sintió una pena terrible al ver a la joven chamán sin sus espíritus. Más sola de lo que jamás ninguna criatura sería capaz de estar. Sina había nacido con ellos. Había crecido con ellos.

Y ahora estaba ahí, enfrentándose a un mundo que odiaba, todo para lograr un imposible. Todo por la idea que Raiana había puesto en su cabeza.

«Si nunca le hubiera hablado de esa maldita gema...»

Observó con horror como Sina descendía ese camino, que a todas luces estaba maldito, repleto de espíritus intentando corromper a los ginkai. Se peleaban entre ellos y se lanzaban hacia el vacío. ¿Cómo era posible que el gobierno permitiera un programa como ese? ¿Tan desesperados estaban?

Sintió un gran alivio al ver que Minara de Tar ayudaba a su hermana. Se alegraba de que hubiera alguien competente en ese lugar.

Cuando al fin Sina llegó a la base, sana y salva, Raiana suspiró. Al menos Sina se había aliado con dos niñas. Tal vez había subestimado las capacidades sociales de la chamán. Antes la hubiera creído capaz de interactuar con gente normal.

«Si es que alguien en ese maldito programa puede ser considerado normal.»

La sacerdotisa apagó la tele y recogió su bolso. Iba a necesitar ayuda. No podía dejar a Sina sola, pues si estaba ahí, sin sus espíritus y exiliada, era en gran parte su culpa.

Dejó la habitación. Bajó la escalera antigua de la pensión, abrió una puerta que apenas se sostenía a sí misma y se internó en las ajetreadas calles del puerto.

Tenía que ayudar a su hermana.

Capítulo 4

Capítulo III

Posesión de Almas

"Y todo está en la forma que mezclas a dos,

y comienza justo donde empieza la luz.

Es una sensación que no te puedes perder.

Y hace un agujero.

Que atraviesa a todo quien lo tiene".

The Used.

Herio, apoyado en la pared del acantilado, observaba como las personas de la producción retiraban los cuerpos de quienes habían caído por el acantilado.

Eran al menos unos treinta muertos.

—No puedes quedártelos —murmuró Minara, siguiendo su mirada—. No seas siniestro, por favor. Si tengo que acompañarte en este estúpido programa, al menos trata de no hacer tus cosas de nigromante al lado mío.

«Qué desperdicio», pensó él. Desvió su atención hacia Minara, que jugaba con la cadena de plata que había aparecido en su cuello. Todos quienes habían sobrevivido, más de cien personas, tenían ahora una cadena con una llave de plata, aparecida mágicamente alrededor de sus cuellos.

—Por eso nuestra relación es tan superficial —comentó él, observando como el resto de los participantes comenzaban a congregarse frente a la entrada del castillo, las ropas agitadas por el viento marino—. Uno debe querer a las personas como son.

Minara soltó una risa.

—Claro, solo por eso —dijo—. La autocrítica no es lo tuyo, definitivamente. —Minara se subió mejor el cierre de la chaqueta y miró el

Castillo—. Aún estamos a tiempo de irnos, Herio. ¿Cuánto llevas fuera de la República?, ¿dos años? ¿Seguro que no quieres dormir en tu cama pronto? Piénsalo. Estoy convencida de que apenas pisemos dentro del Castillo, ya no podremos salir. ¿De verdad quieres hacer esperar a Visius?

El recuerdo de su hermano provocó el efecto contrario de lo que Minara deseaba. Herio tomó su maleta y caminó hacia los demás participantes.

—Visius puede irse a la mierda.

Iba a obtener esa gema. Se sacaría esa maldición que tenía encima y no tendría que rendir cuentas a Visius nunca más.

Necesitaba esa gema.

#

Los participantes se aglomeraron frente a las enormes puertas de piedra del Castillo de Mérida. El día se había nublado y el frío parecía amenazarlos, advertirles que aún estaban a tiempo de alejarse de ahí.

Pero nadie se había devuelto. Tal vez por miedo a volver a pasar por ese camino horroroso, o porque estaban todos locos. Quienes se habían inscrito sabían a lo que iban.

La entrada principal estaba en una meseta a mitad de altura. A su izquierda había un pequeño bosquecillo, que no dejaba ver más allá y a la derecha una baranda que impedía el paso hacia los roqueríos que daban al mar.

Los ginkai, todos apretujados, murmuraban. Algunos discutían sobre quién debía ser el primero en introducir su llave para abrir las puertas. Sin embargo, ya nadie parecía trastornado o desproporcionadamente violento. Los murmullos parecían haber dejado de intentar invadir sus mentes.

Sina se relajó un poco, volviendo a abrir su alma. Intentó percibir alguna presencia, algún espíritu, pero solo podía sentir la enorme presencia del Castillo y la de Minara, que era notoria aunque no veía a la hechicera cerca.

Y también sentía el aura de muerte. Miró a su izquierda y, entre un montón de ginkai, pudo ver al chico de cabello negro con el aura oscura a su alrededor. Claramente la muerte estaba ensañada con él ¿Cómo es que había sobrevivido al camino de inicio?

El joven giró la cabeza, como si la hubiera sentido, y sus ojos se posaron

en ella. Sina dio un respingo y volvió a mirar adelante.

—No logro ver nada —murmuró Patme, poniéndose de puntillas al lado de Sina—. Si tan solo pudiera...

Se interrumpió, porque un murmullo recorrió todo el grupo cuando las enormes puertas se abrieron, crujiendo y raspando el suelo de piedra.

Se hizo el silencio y luego, todos se abalanzaron adentro. Sina se dejó arrastrar entre el montón de gente, intentando no ser aplastada. En algún momento logró divisar entre los demás los rizos dorados de Minara, pero luego los perdió de vista.

El salón al que entraron era enorme. Todo de piedra negra con enormes lámparas de cristales brillando con distintos colores desde el techo, muy alto sobre sus cabezas. No había ventanas, pero aunque las lámparas eran antiguas, por la cantidad de luces y colores, Sina supuso que iluminaban con tecnología ginkai. El lugar era tan grande que, aún con más de cien personas ahí dentro, había suficiente espacio.

A su lado, Patme exclamó emocionada.

Menad guardaba silencio, mirando asombrada.

Frente a ellos, había una enorme escalera recta por la que descendía una mujer, detrás de ella solo había oscuridad. Era como si fuese imposible ver los pisos superiores a los que daba la escalera.

La mujer daba cada paso como si sus pies fueran de seda, envuelta en un vaporoso vestido blanco, iluminado por las distintas luces de colores. Era alta, con largos rizos negros que parecían flotar por un viento inexistente. Su rostro, de rasgos redondeados, no transmitía edad alguna.

La mujer se detuvo frente a ellos a mitad de las escaleras y dos potentes focos se encendieron, iluminándola más.

—¡Bienvenidos! —exclamó, con una voz que resonó por todos lados, a pesar de que no se veían parlantes—. ¡Aspirantes de Arcano!

La mujer observó a los participantes que aguardaban expectantes y sonrió. Era una de las sonrisas más perturbadoras que Sina hubiera visto. Un escalofrío la recorrió aunque no estaba segura por qué.

—Mi nombre es Bettendeme de Lafarte, pero pueden llamarme Bette. —La mujer abrió sus brazos, su vestido destellando en distintos colores—. Este es el castillo de Mérida, como ya sabrán. Y es un castillo vivo. Por cientos de años ha intentado ser dominado, sin resultados positivos. Es por eso, que por primera vez, se ha convocado a un concurso público y televisado

para encontrar al verdadero Arcano; la persona que tomará el trono de Mérida.

Los murmullos recorrieron el grupo de participantes. Sina miró a su alrededor y vio a Patme con ojos brillantes. Menad miraba silenciosa y concentrada a la mujer. El grupo de ginkai que parecían algún tipo de secta, todos vestidos de blanco, cuchicheaban entre ellos. Otros ginkai se agrupaban en parejas o tríos. Eran muchos.

Sina observó las armas que llevaban algunos ginkai. ¿Servirían de algo contra la magia del Castillo?

—¡Pero cuidado! —exclamó Bette, sobresaltándolos. Todos guardaron silencio—. El castillo se defenderá. Usará sus ejércitos y su magia, intentará controlar sus mentes y su alma. —Sus ojos, negros como la noche, recorrieron el salón—. Hasta ahora yo soy la única humana que el castillo ha permitido morar sus entrañas y salir con vida. Soy la medium del castillo, aunque jamás podré ser un Arcano.

Silencio.

—Ahora —señaló Bette—, dará comienzo oficialmente la competencia y recuerden, ni el gobierno ni la producción se hacen cargo de los accidentes que ocurran aquí dentro. Dispondrán de un mapa del castillo que será instalado en breve, para que puedan recorrerlo. Pero sepan, cada zona del castillo debe ser conquistada; de lo contrario, no podrán ocuparla. Las llaves que vayan encontrando serán de exclusivo riesgo de quien la encuentre y deberán guardarlas para poder obtener el premio final... Solo cuando estén todas las llaves reunidas, el castillo mostrará el premio final. —La mujer miró un punto entre los participantes y alzó las cejas—. ¿Sí?

Sina siguió la mirada de Bette y vio que, unas personas más allá, el muchacho condenado, que llevaba el pelo negro tomado en un moño alto, levantaba la mano.

—Esas llaves —preguntó, con una voz suave pero clara—. ¿Se pueden robar unas a otras, a quién las haya encontrado?

Bette sonrió.

—Por supuesto. Pero deben tener en cuenta, que cuando roban una llave, se fusionará con la que tienen. Por lo que llegará un punto, en que solo habrá una llave.

Varios se inclinaron para hablar entre sus grupos. Pero Bette continuó.

—Las únicas reglas en este castillo son tres. —Fue alzando sus dedos de uno en uno—. Primero, no se puede salir del castillo sin autorización de la producción. Segundo, el derecho a duelo. Cualquier concursante puede retar a otro a duelo; el concursante retado tiene derecho a rechazarlo. Si lo rechaza, ambos irán a repechaje por votación del público.

Algunos exclamaron, asombrados y perturbados. Otros murmuraron, preocupados. Bette alzó una de sus dedos.

—Tercero, pueden usar cualquier arma y el riesgo de sus vidas corre por su cuenta. ¿Alguna otra consulta?

Nadie respondió. Todos miraban expectantes, las luces reflejándose en cientos de ojos.

—Bien. —Bette abrió ambos brazos, abarcando el lugar—. Doy por comienzo oficialmente a Arcanos Tv Show. El premio se encontrará en la última etapa del castillo. Quien logre obtenerlo recibirá la suma de dinero más grande entregada por un programa de televisión en todo el territorio Austral. Además, será reconocido como Arcano del castillo y obtendrá una lasca de los mismísimos dioses: La gema de Amaia.

Bette les dio la espalda y subió la escalera, desaparecieron en la oscuridad.

«La gema de Amaia.»

Era lo que todos esperaban; sabían lo que significaba. Sina vio el brillo de ambición en cada participante a su lado.

Sintió miedo por no tener sus espíritus. Sin ellos, era casi como cualquier ginkai que hubiera ahí. O peor, porque al menos muchos ginkai llevaban armas.

«Tengo que buscar un espíritu», pensó.

Necesitaba la gema. Debía obtenerla como fuera.

Era la única forma de volver a ver a su hermano.

«Necesito —se recordó con firmeza—, los poderes de un dios.»

#

Los participantes comenzaron a formar grupos. Al menos, la mayoría de ellos. Sina vio que Minara y su compañero se dirigían al lado contrario del salón y, como hacía el resto, comenzaban a levantar una tienda

improvisada.

—¿Dónde pondremos nuestra tienda? —preguntó Patme, cerca de ella.

—Creo que debería ir por ahí el fondo —comentó Menad.

—Sina —Patme la llamó—. ¿Crees que aquí esté bien?

Sina las miró sorprendida.

—¿Voy a dormir con ustedes?

Patme levantó las cejas y puso las manos en jarras en la cadera. Mientras, Menad se agachó y comenzó a buscar algo en un bolso. Finalmente, extrajo una enorme lona que empezó a estirar en el suelo.

—Todos han hecho grupos, Sina —dijo Patme—. Y a nosotras dos nos vendría bien contar con alguien tan famosa como tú. Dicen que eres muy poderosa, pero ¿de verdad quieres dormir sola en un lugar como este? —Patme miró a su alrededor reprimió visiblemente un escalofrío.

Si se concentraba, Sina podía sentir la presencia del Castillo. No sabía como describir su energía. Todo el lugar transmitía algo que a ratos la hacía pensar que podría estar soñando. Como si hubiera algo que no funcionaba como debía.

No. No quería dormir sola ahí. Ni siquiera había traído una tienda para ella.

—No tengo mucho que aportar —dijo, viendo como Menad arrastraba la lona hacia un pilar donde podría amarrarla.

Patme sonrió.

—Sina. Tú y Minara son de las participantes más divulgadas por la producción. Todos saben que pertenecen a clanes ancestrales. Contigo con nosotras, dudo que alguno de esos tontos se atreva a retarnos a un duelo por nuestras llaves. Creo que eso es aporte suficiente.

«Lo que los demás no saben, es que no tengo espíritus.» Esperaba que nadie se enterara de que no tenía facultades.

—Además —dijo Menad, dejando la lona por un momento—. ¿Por qué debes aportar algo, Sina? La vida no se trata de dar siempre algo a cambio para recibir. Tal vez deberías cuestionarte ese tipo de pensamiento, más que cuestionar tu aporte. Yo ya he encontrado en esta

jornada más de lo que pensaba que encontraría en este lugar.

Sina frunció el ceño. Menad hablaba menos que Patme en general, pero cuando lo hacía, decía muchas cosas y la mayoría no tenían sentido para Sina.

—¿Se conocen hace mucho? —preguntó, mirando a Patme—. ¿Tú y Menad?

—Claro —rió Patme—. Como una hora antes de conocerte a ti.

Sina se preguntó si hacerse amigos así de rápido sería una facultad de los ginkai. Pero luego recordó que Raiana tenía la misma capacidad, y su hermana definitivamente no era una ginkai.

Se acercó a Menad y empezó a ayudarla a amarrar la tienda. La muchacha la miró y le dedicó una sonrisa, pero por alguna razón a Sina le pareció una sonrisa triste. Vacía.

«Como me siento ahora yo.»

Se preguntó por qué dos chicas como Patme y Menad estaban en el programa. Había ginkai con armas entre ellos. Estaban esos otros vestidos de blanco, que Patme había mencionado mientras bajaban que pertenecían a una religión extraña, que posiblemente estaban locos. Pero ellas dos... parecían chicas corrientes.

«Pero a esas chicas corrientes no las han afectado los murmullos», se recordó.

No debía confiarse. Era razonable hacer grupos para sobrevivir en una etapa inicial, pero tenía que recordar que, fuera cuál fuera las razones por las que esas dos estaban ahí, de seguro serían razones que incluirían la intención de hacerse con la gema.

En algún momento, a pesar de su conducta amable, serían sus enemigas.

No lo debía olvidar.

#

Herio se sacó la sudadera y la tiró sobre la maleta. El enorme salón se había transformado en un campamento improvisado. Todos habían formado grupos y levantaban tiendas en distintas partes del lugar, como niños jugando dentro de su casa. Él y Minara se habían apropiado de un rincón debajo de la escalera principal, relativamente oculto en las

sombras.

La mayoría de las luces se habían apagado y ahora solo eran iluminados por unas cuantas lámparas de arañas. Las lámparas eran antiguas, pero las luces eran evidentemente modernas y funcionaban con electricidad. Herio se preguntó si la Medium tendría el control suficiente sobre el castillo para haber permitido a la producción hacer ese tipo de intervenciones.

Se secó el sudor de la frente y miró a su alrededor.

Cuando entraron al salón en un inicio, había oído a mar y humedad. Ahora olía a humedad y humanos. Humanos apretujados.

A su lado, Minara se agachó para enganchar un lado de la lona que usarían de carpa y cuando se irguió, notó que Herio le miraba las piernas y lo fulminó con la mirada.

Él le sonrió y se volvió para amarrar la parte más alta a uno de los pilares de la escalera. No comprendía por qué la hechicera se comportaba así, si igual terminarían sin ropa dentro de esa carpa.

Un murmullo de excitación comenzó a recorrer otras zonas del salón y Herio se volvió, viendo que un grupo de ginkai, todos vestidos de blanco, se reunía en el centro del lugar. Los drones, que sobrevolaban todo, se concentraron sobre ellos.

—Son los wicarnos —murmuró Minara, poniendo sus manos en las caderas.

—¿Wicarnos? —preguntó Herio.

—Es una secta ginkai de magos. —La hechicera alzó una ceja—. Bueno, ellos creen que lo son. Por supuesto, no tienen magia real.

Uno de los wicarnos era un hombre joven que vestía una especie de abrigo blanco, de mangas anchas y abultadas en los puños, a pesar del horrible calor que hacía con todos apiñados en el salón. Su pelo castaño, que caía largo hasta su cintura, iba tomado en una cola.

—Herio —dijo Minara, dándole un manotazo suave en el brazo—. Controla tu aura, o llamarás la atención.

Herio disminuyó su aura y siguió la mirada de la hechicera. Vio que la chamán, la prima de Minara, los observaba. Cuando sus ojos se cruzaron la chamán los desvió rápidamente.

«¿Es idea mía o me mira con... lástima?» Frunció el ceño. En general era él quien miraba a otros con lástima, no al revés.

—¡Escuchad todos! —exclamó el wicarno del abrigo ridículo, subiéndose en una caja de madera para alcanzar altura—. Mi nombre es Fando, líder de los wicarnos. Hablo en nombre de todos nosotros para hacer un llamado. —Paseó su mirada por el salón—. ¡Debemos unir fuerzas en esta, nuestra primera noche!

En el grupo de blanco, que parecía ser de sus seguidores, todos asintieron y exclamaron su aprobación. Otras personas, de las que habían formado grupos pequeños, dejaron de hacer sus tiendas y se volvieron para escucharlo.

—¡Ya han visto el mapa! —exclamó el wicarno, apuntando el enorme mapa que había en la pared de entrada y que ya todos habían revisado—. Los baños están en el segundo piso, el más próximo y primer objetivo. Debemos unirnos para ir por ellos ahora y conquistar esa etapa, ¿o acaso quieren hacer sus necesidades aquí?, ¿en algún rincón?

Algunos rieron y otros participantes murmuraron entre sus pequeños grupos. Finalmente una chica, la pelirroja que andaba en el grupo de la chamán, habló.

—¿Podemos ir a los jardines, no crees? ¿Será seguro ir de expedición al segundo piso en nuestra primera noche? Aún no sabemos como funciona este lugar.

Algunos asintieron, pero otros expresaron su rechazo. Herio se sentía curioso. Nunca había estado rodeado por tantos ginkai en un lugar cerrado. Eran bastante valientes. O tal vez no sentían como él, la oscuridad y poder de cada piedra que sujetaba ese castillo.

O tal vez simplemente habían sido lo suficientemente estúpidos para estar ahí.

—¿El jardín? —preguntó Fando—. ¿De verdad te quieres perder entre la niebla nocturna de este castillo? Dicen que el jardín delantero, era un cementerio.

Eso llamó la atención de Herio.

«Un cementerio...» Cruzó una mirada con Minara.

—Ni lo sueñes —espetó ella.

Fando levantó sus manos y exclamó.

—¡Los wicarnos iremos en conquista de los baños! Los valientes, pueden unirse a nosotros. Los que no, pueden ir a morir al cementerio de este maldito castillo. ¡Suerte con eso!

Fando bajó de la caja con un brinco. Los wicarnos se juntaron todos alrededor de su líder y se encaminaron, decididos, hacia la escalera.

—Bueno... —dijo Herio—. Elige Minara. El baño o el cementerio. Pero no podemos quedarnos esperando mientras esos ginkai se lanzan a explorar. Sería bastante patético.

Minara bufó.

—Los baños, por supuesto —dijo, tomando su chaqueta y amarrándosela en la cintura, sobre los jeans negros. Tomó sus largos rizos dorados en una cola—. Vamos. Y deja esa cosa aquí —añadió apuntando la maleta de Herio.

El joven maldijo el carácter de su compañera y metió su maleta en la tienda improvisada. Palpó las barras de sujeción de la maleta y sacó la espada que había dejado camuflada entre ellas, mientras armaban la tienda.

Se colgó la katana enfundada, cruzándose la correa por sobre los hombros.

—¿Puedes ponerle una protección? —preguntó a Minara, apuntando la tienda donde había metido su maleta.

La hechicera bufó otra vez.

—Herio, nadie va a querer robar esa cosa.

Sin decir más, la hechicera se encaminó hacia las escaleras.

#

Sina, de pie junto a su tienda improvisada, observó como los wicarnos corrían hacia la escalera, seguidos por un montón de personas. En los peldaños que se acercaban al segundo piso había una especie de bruma. Como si no pudiese verse lo que había más allá. Era una zona no conquistada.

La chamán dio un paso para ir tras el grupo, pero Patme la sujetó del

brazo.

—Sina —dijo, mirando que al menos la mitad de los participantes se habían quedado rezagados, en sus carpas—. ¿Crees que es seguro? Aún no sabemos qué es lo que pasa en este lugar.

Sina vio que Minara y su acompañante seguían los wicarnos. No pensaba quedarse atrás de la hechicera de Tar.

Se zafó del brazo de Patme.

—Puedes quedarte, si quieres —le dijo.

Y echó a correr hacia la escalera.

En cuanto los wicarnos llegaron a la zona alta de la escalera, donde estaba la pared de brumas, se adentraron en ella, seguidos por Minara y el otro joven, desapareciendo. Cuando lo hicieron, una luz brilló en el lugar donde se habían esfumado. Sina, sintiéndose vulnerable sin sus espíritus, hizo un esfuerzo por no devolverse y atravesó la luz.

Al otro lado, los recibió un pasillo tan iluminado que Sina se quedó un momento encandilada. Era largo y por la izquierda la pared estaba abierta en varios arcos por donde entraba la luz del ocaso y el viento marino. Por el frente, en la pared derecha, había tres puertas de madera pequeñas y al fondo una grande de piedra.

Al menos unos cuarenta o cincuenta participantes habían subido y se apretujaban en largo pasillo.

Patme apareció detrás de ella, desde la escalera.

—Menad se quedó cuidando las cosas —dijo, mirando insegura el lugar que tenían al frente.

Al parecer, la pared de brumas de la escalera era una división para que no se pudieran ver las zonas no conquistadas desde fuera. Pero una vez dentro, el pasillo parecía normal.

«Aunque dudo que lo sea», pensó.

Vio que Fando avanzaba entre los concursantes, plantándose frente a la puerta de piedra. Sina se acercó a empujones, para ver mejor. Se puso de puntillas.

Un par de drones los había seguido y zumbaba sobre sus cabezas cuando el wicarno inspiró profunda y exageradamente. Dijo unas palabras en un idioma que no tenía sentido para los oídos de Sina y luego puso ambas

palmbas de las manos contra la piedra.

No sucedió nada.

Fando miró a sus compañeros, su rostro iluminado por los últimos rayos del sol.

—No sé que ocurre —dijo—. Este castillo ha de ser muy poderoso, para resistirse a mis...

Fue interrumpido por el compañero de Minara, casi tan alto como Fando que, caminando con tranquilidad, lo empujó y se paró frente a la puerta. El joven se había tomado el cabello negro en un medio moño alto, algunos mechones cayendo hasta su mentón. Vestía una sudadera negra y unos pantalones oscuros. Sin el aura de muerte, parecía un chico normal. Salvo tal vez por la espada larga y negra que llevaba cruzada con una correa a su espalda.

Sina se quedó mirando esa espada negra como si fuera una joya preciosa. Tenía algo... particular, aunque no sabía definir qué. De pronto, el aura de muerte comenzó a manar otra vez del joven. Era una aura negra y turbia, como un vapor alzándose hacia el techo. El joven levantó su mano hacia la espalda para desenvainarla, pero Minara se acercó a él y le tomó el brazo, negando con la cabeza.

Sina no escuchó qué le decía, pero el joven dejó la espada enfundada y se hizo a un lado.

«Parece tan joven —pensó Sina, mirando al muchacho, con el aura alrededor—, y ya está condenado por la muerte.»

La hechicera, que había ocupado su lugar frente a la puerta, comenzó a emanar un suave fulgor dorado. Levantó la palma de su mano y una enorme llamarada emergió, empujando la puerta y haciéndola estallar hacia adentro.

Algunos wicarnos retrocedieron con la explosión y otros cayeron al suelo gritando, mientras Minara se mantenía de pie, igual que su compañero, sus cabellos y ropas agitándose con la onda de energía.

Una nube de polvo se alzó hasta que el interior fue visible, más allá de los escombros de la puerta.

Los baños. Efectivamente eran los baños.

Los wicarnos se pusieron de pie, limpiándose el polvo gris y corrieron adentro. Minara y su compañero también entraron, siguiendo a los demás.

En el interior de los baños las paredes tenían enormes ventanas de cristal, desde las que se veía el mar y parte de la ciudad; todo dorados y escarlatas con la puesta de sol. Al centro de la habitación había dos estanques amplios con agua emitiendo vapor y, al fondo, hileras de duchas individuales.

Los wicarnos vitorearon a Fando y comenzaron a sacarse la ropa para entrar a los estanques, mujeres y hombres, todos juntos.

—¡Al fin tenemos los baños! —exclamó Fando, animando a sus compañeros.

—Que poco pudorosos —murmuró Patme, frunciendo el ceño y observando a los wicarnos chapotear—. Deberían ducharse antes de usar el estanque común... Mejor iré a ver los baños del pasillo, esos individuales.

Patme salió otra vez por las puertas que Minara había hecho explotar, y que de alguna forma, se habían regenerado.

«Es un castillo mágico —recordó Sina—. Tiene vida.» Sina sintió que algo andaba mal y jugueteó, nerviosa, con la pulsera de su mano.

«Están siendo demasiado confiados. No hay que confiarse en este lugar.»

Se volvió y caminó para revisar las duchas individuales del fondo, pero ahí estaba Minara y su compañero, el condenado, que era rodeado constantemente por el aura de muerte. La hechicera observaba una de las manillas.

El joven tomó una de las manillas de la ducha y estiró el cordel de metal mientras lo revisaba.

Y entonces empezaron los gritos.

Los wicarnos comenzaron a pedir ayuda mientras un rugido ensordecedor emanaba de los estanques y el agua comenzaba a girar en numerosos torbellinos.

Sina se giró hacia la puerta de entrada, pero solo alcanzó a ver a Patme correr inutilmente hacia las puertas, antes que la piedra se cerrara, dejando a la pelirroja afuera. Sina quedó encerrada dentro de la habitación, con los wicarnos que comenzaban ahogarse en las aguas turbulentas, mientras el sol se ponía y la oscuridad se cernía en la habitación. Algunos lograron aferrarse al borde y salir, entre ellos Fando. Otros tantos simplemente desaparecieron entre remolinos que rugían,

mientras los drones giraban sobre ellos, grabando como se ahogaban.

«Mierda.» Sin sus aliadas y sin espíritus, Sina se vio rodeada de caos. El agua no solo estaba succionando gente, sino que de ella emergieron numerosas figuras humanoides con armas. Guerreros, con trajes de cuero roído y piel putrefacta.

Recordó las palabras de Bette: "El castillo se defenderá, con guerreros y con magia".

Las criaturas empezaron a atacar a los que habían alcanzado a salir. Todo era confuso en las penumbras del crepúsculo, iluminados solo por las luces de los drones. A menos de un metro de Sina uno de los guerreros atravesó a un concursante con una lanza, dejándolo ensangrentado en el suelo, tiñendo de roja el agua. Luego el guerrero levantó sus ojos muertos hacia ella.

Y Sina corrió. Dejó atrás a Fando que pedía ayuda y corrió hacia la hechicera de Tar, que mantenía a ralla a tres guerreros, lanzándoles unas bolas de fuego.

—¡Herio, aguanta! —exclamó Minara, dirigiéndose hacia su compañero.

Sina se situó detrás de ella y vio como el joven condenado era rodeado por la cadena de la ducha, que se enroscaba alrededor de su cuerpo.

La hechicera se distrajo un momento, intentando ayudar a su amigo y por poco es alcanzada por la lanza de uno de los guerreros.

—¡Yo lo ayudo, Minara! ¡Tú quítalos! —exclamó Sina.

No tenía espíritus, por tanto ninguna habilidad. No iba a confiar en los wicarnos y el inútil de Fando, que en ese momento solo lograba sobrevivir porque tres de sus compañeros daban la vida por él.

Minara era la única útil en ese momento.

Intentó ayudar al condenado, para que la hechicera hiciera lo suyo, pero el cordel de metal se enroscaba con fuerza alrededor del torzo y cuello del joven. Sus ojos negros se posaron sobre Sina, mientras respiraba con dificultad, comenzando a ser estrangulado. El aura de muerte comenzó a desaparecer.

—Pe.. pelea —logró decir el joven, entre jadeos.

—¡No se luchar! —gritó Sina, intentando arrancar el cordel de su cuello.

Era imposible, la cadena se apretaba cada vez más. Se agachó por instinto ante una explosión detrás de ella. Minara acababa de desintegrar a tres guerreros, pero dos más se abalanzaron sobre ella y la hechicera tuvo que correr, lanzando sus llamas, para distraerlos.

—Yo... —El condenado intentaba hablar—. Yo sé luchar, chamán.

Sina levantó el rostro hacia él. ¿Él el sabía pelear? Sina no tenía espíritus, pero... podía tomar el de él. Lo había hecho antes, con gente viva, pero solo tendría cinco minutos. Tal vez ocho. Si superaba ese tiempo, el joven no podría volver a vivir.

Pero bueno, de todas formas estaba condenado. La muerte lo había seguido durante toda esa mañana y probablemente volvería por él.

Sina asintió. Se paró frente al joven que comenzaba a retorcerse por la asfixia, cerró los ojos y lo golpeó fuerte en el pecho con su mano derecha, luego con la izquierda.

Y con la izquierda le sacó el alma.

El joven cayó desmayado entre el cordel de la ducha, que dejó de estrangularlo, al parecer cuando lo notó sin vida.

Sina retrocedió, confundida, absorbiendo el alma del joven hasta lo más profundo de su interior.

Por un momento los gritos a su alrededor se alejaron y todo se oscureció. Lo único que había en ese lugar era ella y el alma del joven condenado.

«No.» Tenía un nombre: Herio. Ahora lo sabía. Y sabía mucho sobre él. Más de lo que podía comprender y soportar. Sus emociones y pensamientos... Era demasiado. Un montón de caos y angustia. Y culpa. Mucha culpa.

¿Cómo podía alguien vivir así? Los sentimientos del joven la embargaron, la inundaron.

Dolor. Culpa.

«No —pensó—. Tranquila. Es él, no tú. Son sus emociones, no tuyas.»

Sina se concentró, haciendo uso de toda su fuerza y entrenamiento. Inspiró profundo y guió el alma del joven hacia la pulsera de plata en su mano, donde la depositó.

El alivio fue inmediato. Se alejó del joven, tan lejos como se puede estar del sol un día de verano, percibiendo su calor. Pero el alma de él se quedó

en la pulsera y Sina pudo extraer sus habilidades, sin abrumarse por todo lo que conllevaba unir sus almas.

El sonido regresó a su alrededor. El olor a muerte y el caos.

Y comenzó a luchar.

Solo había perdido unos segundos en la fusión y corrió hacia Minara que jadeaba, intentando deshacerse de los últimos guerreros, demasiados para ella sola.

Sina se lanzó sobre uno, sabiendo qué hacer por instinto. O más bien, por el instinto de Herio. Agarró al guerrero del cuello y le hizo una llave de lucha que ella jamás habría sabido como hacer. El guerrero cayó, Sina le quitó la espada y luego lo decapitó.

La hechicera la miró un momento confundida. Luego abrió mucho los ojos y se giró para ver a Herio tendido en suelo, con su cabello negro empapado de agua cayendo sobre su rostro. La espada negra tirada a su lado.

Sina pensó en tomarla, pero sintió el rechazo del joven en su mente.

«No. Deja esa espada. Te matará si la tocas.»

Sabiendo que él decía la verdad, olvidó la espada.

Minara comprendió lo que Sina había hecho con Herio y asintió. Rugió de ira y se volvió, para lanzarse contras las criaturas.

Entonces Sina fue por los que atacaban a los wicarnos. Eran cinco contra Fando y dos de sus súbditos. Los demás wicarnos estaban tendidos en el suelo gimiendo, y otros inconscientes, probablemente muertos.

—¡Ayuda! —exclamó Fando.

Sina lanzó una patada a uno de los guerreros y, con la espada que había robado a la criatura anterior, le cortó una pierna y luego lo decapitó. Parecía ser la única forma de acabar a esas criaturas, que no estaban exactamente vivas.

Se giró hacia el segundo guerrero e intentó lo mismo, pero tuvo que interrumpir su ataque para desviar el de un tercer guerrero. Detuvo el golpe de la espada con la suya, dio un giro y de una barrida botó al guerrero, para luego lanzar un tajo sobre el segundo. Lo decapitó a medias. Al hacerlo, la espada se le atascó y sintió un terrible dolor en el brazo. El tercer guerrero se lanzó sobre ella y Sina evadió una serie de

espadaos, intentando no resbalar en el suelo mojado.

Sintió la agitación de Herio en su mente.

Los wicarnos gritaron a un lado, cayendo heridos y los guerreros que los atacaban se giraron hacia Sina.

Logró contener los ataques de dos de ellos, pero el tercero sería demasiado. Las habilidades de artes marciales de Herio eran asombrosas, pero el cuerpo de Sina no estaba acostumbrado y se estaba resintiendo.

Y quedaba un minuto.

Luchó contra los tres y logró derribar a uno. Se agachó para esquivar un ataque y lanzó una patada a la cabeza del cuarto guerrero. Cuando el quinto iba a lanzarse sobre ella, una bola de fuego pasó por su lado y le calcinó la cabeza.

—¡Aguanta! —exclamó Minara, situándose a su lado.

Y juntas se encargaron de los dos últimos. Sina se inclinó hacia un lado y cambió el peso de su cuerpo, justo cuando un lanza iba a golpearla en el pecho, se apoyó en el pie derecho y lanzó la espada directo en el cráneo del cuarto, haciéndolo estallar. Minara empujó al quinto en un torbellino de viento y luego le lanzó una bola de fuego, calcinándolo.

De pronto solo quedó el silencio y las dos jóvenes jadeando. Algunos wicarnos comenzaron a sollozar, tirados en el suelo y otros a gemir de dolor.

Sina dio un respingo, cuando sintió que algo quemaba su mano, desde dentro. Abrió su palma y vio ahí una llave plateada y brillante. La llave se alzó en el aire y luego se dirigió como una luz hacia la llave que colgaba del pecho de Sina, la que había ganado en la mañana.

Ambas llaves se fundieron en una.

Vio a Minara, que observaba su propia mano, también en la cual resplandecía una llave. Sucedió exactamente lo mismo.

Cuando las llaves se fundieron, dejaron de ser plateadas y se volvieron doradas.

Ambas se miraron un momento, pero Sina recordó que ya había pasado demasiado tiempo.

Corrió hacia las duchas y encontró el cuerpo del joven mojado sobre el

suelo. El aura de muerte lo rodeaba otra vez y Sina retrocedió.

—Devuélvelo, chamán —jadeó Minara a su lado, con el pelo rubio todo revuelto alrededor de su rostro—. Su aura no te hará nada. La muerte, solo lo quiere a él.

«La muerte.» Esa aura era la muerte realmente y tendría que acercarse para tocar al joven. Sintió el apremio en su interior. El alma de Herio comenzaba a inquietarse.

¿Tenía sentido devolver un espíritu a un cuerpo reclamado por esa aura? Moriría de todas formas.

«Tal vez me lo podría quedar.»

—¡Sina! —exclamó Minara—. ¡Devuélvelo!

Sina vio el aura de muerte agitándose sobre el cuerpo de Herio y supo que, aunque quisiera quedarse con su espíritu, la muerte no se lo permitiría.

Era suyo. Y, teniendo aún al joven en su interior, sintió una extraña comprensión. Supo el trato que el joven tenía con aquella entidad.

Sintió un escalofrío y se acercó al cuerpo, cansada. Puso su mano contra el pecho del joven. Sintió el contacto con la muerte que lo acechaba y casi escuchó la voz de la Parca reclamando el alma del joven.

Le pertenecía a ella y solo a ella. Sina exhaló lentamente y soltó el alma de Herio.

Alrededor, se escuchaban quejidos y llantos de los wicarnos. Fando gritaba incoherencias sobre su poder y magia robados, mientras un dron zumbaba grabando el caos del lugar.

Entonces, Herio inhaló aire, abriendo muchos los ojos e incorporándose con brusquedad. El aura de muerte seguía alrededor de él, pero ahora como una corriente tranquila, casi imperceptible.

«Es muy extraño.» Sina lo observó.

Minara se agachó rápido para sujetar a su amigo y corrió el cabello negro de su rostro. Un dron se posó sobre ellos, iluminándolos.

—¿Estás bien?

Herio asintió, respirando con dificultad y llevándose una mano a la cabeza.

Minara lo abrazó y el joven levantó su mirada oscura hacia Sina.

No dijo nada. No era necesario. Habían compartido un cuerpo durante cinco minutos y, en el instante de la fusión, habían compartido el alma. Un instante donde se habían conocido más de lo que harían jamás con palabras.

Sina se sintió extraña, incluso algo vulnerable. Así como ella había visto el interior del joven, él, un extraño, había visto el de ella. Y a pesar de que era imposible procesar toda la información recibida en tan solo un instante, quedaba un atisbo de ese conocimiento. No solo el dolor del joven, sino sus sueños y deseos habían quedado de alguna forma resonando dentro de ella. Como una melodía... o como un sabor difícil de recordar con exactitud.

Le pareció, sin embargo, que era un sabor agradable

Capítulo 5

Capítulo IV

Los ojos de la muerte

*"Muchas veces conocemos más del mundo,
que de nosotros mismos."*

Tanema Amatista.

El sol acariciaba su piel una mañana de invierno. Era un calor suave, justo para mantenerla tibia. No estaban muy lejos del pueblo, pero los padres los castigarían de todos modos por haberse alejado de los límites del cráter.

A pesar de eso, Sina estaba tranquila. Sus primas mayores patrullaban, mientras ella tomaba el sol en una roca, vigilando a sus hermanos más pequeños. El único que faltaba era Fixel un año menor que ella, que se encontraba entrenando con los hombres.

Era un día normal en el desierto.

—¡No tengo cuernos! —escuchó gritar a Raiana, corriendo detrás de Riek, sobre la tierra arenosa del desierto— ¡No tengo!

—¡Cuernos de jabalí! —Las risas de Riek rompieron la tranquilidad.

Siempre estaba molestando a su hermana menor.

Raiana se largó a llorar.

Si, era una mañana normal en el desierto. Una mañana de sol y risas que rápidamente se transformó en un infierno.

Lo primero que oyó fueron los gritos. Procedían de las piedras rituales, aunque ese día no tocaba ritual alguno.

Bajó de la roca de un saltó y corrió hacia el templo de arena. Sus hermanos la siguieron, pero Sina solo era consciente de que el grito

desgarrador que escuchaba era de su madre. El corazón le latió, con tal fuerza, que se le iba a salir del pecho. El miedo y el terror de la anticipación se transformaron en una especie de silencio del universo, apagando incluso los gritos.

Su madre estaba arrodillada a las sombras de las piedras rituales, con su hermano Fixel en sus brazos. Pero no era él. Era un muñeco. Era...algo. Algo lacio y pálido. Algo sin vida, que se agitaba con los desesperados intentos de la mujer que trataba de reanimarlo.

Aun recordaba el rostro de su hermano. Del muñeco que parecía su hermano.

#

Sumergida en las aguas de los baños, Sina pensaba en el sueño que había tenido. Hacía mucho que no soñaba con la muerte de Fixel. Tal vez, el horror de la noche anterior había despertado esos recuerdos.

El vapor de los estanques se alzaba y enroscaba en el techo del baño. Sina, Patme y Menad tenían los cuerpos hundidos hasta el cuello y la cabeza relajada contra la piedra del borde. Ningún sonido entraba en los baños. Ni el oleaje del mar contra el castillo, ni el escándalo que los wicarnos tenían en el salón-campamento, repleto de heridos que en ese momento eran atendidos por los médicos de la producción.

Sina necesitaba especialmente ese baño. Después de haber usado las habilidades de Herio la noche anterior, había amanecido con calambres y dolor muscular en todos los miembros del cuerpo.

Se llevó una mano al pecho y tomó la cadena de plata que ahora colgaba de su cuello, con una pequeña llave de color azul brillante. Su llave para poder usar los baños. No estaba segura como funcionaba, pues no la había necesitado para abrir la puerta. Simplemente habían entrado sin más.

Tenía la impresión de que no era un mecanismo físico.

—Jamás pensé que iba a morir tanta gente el primer día —murmuró Menad, de pronto, con la vista absorta en el agua—. Qué estoy diciendo. Tan solo no pensaba que yo lo vería para contarlo.

—Todos fueron imprudentes —sentenció Patme.

Sina no respondió. Se preguntaba dónde habían ido los espíritus de los wicarnos muertos. Cuando habían muerto anoche, no había visto ninguno. Tampoco se veían ahora en los baños. Lo normal era que un espíritu se

quedara un momento, horas o incluso días cerca de su cuerpo.

«Ojala hubiera quedado al menos uno», pensó, con frustración.

Observó el vapor revolverse en el aire y recordó la batalla que habían librado. Haber poseído el espíritu de Herio durante esos pocos minutos no solo la había salvado, sino que le había devuelto un poco su sensibilidad espiritual, al menos de momento.

—Aun siento envidia de ti —comentó Patme—. Nos perdimos todo el evento, por andar husmeando en el pasillo.

—No fue agradable —replicó Sina, suspirando—. Y de haber estado sola no habría podido hacer mucho. Salí de ahí gracias a Minara, en gran parte.

Las tres guardaron silencio un momento. Finalmente, Menad suspiró.

—Yo habría podido ayudar, la verdad. Soy muy buena en artes marciales.
—Frunció los labios y miró a Patme—. ¿Qué habilidad tienes? ¿Tienes magia como Sina? ¿O eres una simple mortal como yo?

Sina posó su atención en la pelirroja, cuyo semblante enrojeció ligeramente, a tono con su cabello.

—Soy cantante —murmuró, con el agua hasta el mentón.

Sina alzó las cejas.

—¿Qué? —preguntó Menead sorprendida.

Patme revolvió un poco el agua con las manos, al parecer algo incómoda.

—Vine a este programa para ganar algo de fama. Será transmitido en todo el mundo, después de todo.

Sina la observó bien, como si viéndola más intensamente pudiera saber si decía la verdad.

¿No quería la gema? ¿Tal vez el dinero? «Imposible.» ¿Quién se arriesgaría a algo tan peligroso solo por fama?

—Entonces no podrías haber hecho mucho si hubieras estado dentro. La mayoría de los ginkai sin poderes murieron —comentó Sina.

La pelirroja posó sus ojos castaños un momento en ella.

—Es cierto. Tal vez habría sido un estorbo.

—Bueno —dijo Menad—. La verdad, no todo el poder se trata de magia. Los izadkai, dicen, dan mucho valor también a la destreza física. No sé como funcionan las cosas en el clan de Sina, pero los izadkai de la República... ¿Sabes que entrenan legiones completas en las más antiguas artes marciales? Pero eso no es algo que solo ellos posean. Nosotros, los ginkai, también lo tenemos. Artes anteriores incluso al gran Contacto. Yo soy experta en al menos cinco distintas. Que la república de tanta relevancia a las artes marciales demuestra que no todo se trata de magia.

Sina la miró, interesada por primera vez en esas largas reflexiones de Menad.

—¿Sabes cosas sobre la República izadkai? —preguntó.

Menad la observó, solo su rostro asomando del agua. Su piel era morena, aunque no tanto como la de Sina.

—Son muchos los rumores sobre la República —dijo, pero la forma en que miró a Sina fue intensa. Como si quisiera decir más que eso, pero no pudiera.

Patme revolvió el agua con la mano.

—Rumores como que están todos locos. —La pelirroja miró a Sina—. Entiendo que seas una izadkai, pero al menos tu clan no anda por ahí intentando invadir el resto del mundo.

«Creo que saber lo que hace mi clan en realidad no haría que mejorara su opinión sobre los izadkai», pensó. De todas formas, no es que le importara mucho la opinión de Patme, ni de nadie en ese lugar.

Observó a Menad, que volvió a mirar de esa forma soñadora en la que parecía perderse, siguiendo con los ojos el vapor que subía hacia el techo. Sina se preguntó si sería cierto que era tan habilidosa en el combate. ¿Sabría más que el compañero de Minara, a quien había poseído anoche?

Pero no hubo respuesta en su mente. Solo ese molesto vacío. Ya nadie respondía a sus reflexiones, como habían hecho sus espíritus.

Pensó de nuevo en el joven. En esa extraña aura de muerte que lo rodeaba y cómo se había sentido la noche anterior al poseer su alma. Se había concentrado en la batalla y no había podido asimilar todo lo que había interior del joven. Aunque sí algunas cosas...

Y justo cuando pensaba en eso, la puerta se abrió.

En el umbral apareció una figura alta, esbelta y con el cabello dorado brillando por la luz de la mañana. Minara entró en los baños cargando una toalla, con su compañero caminando al lado.

«Herio», pensó, recordando su nombre.

El joven, mientras caminaba hacia una de las bancas junto a Minara, recorrió con sus ojos a las tres chicas que se bañaban. Patme se hundió un poco más en el agua, visiblemente perturbada.

No había rastro del aura de muerte alrededor de Herio en ese momento. Minara lanzó una mirada a Sina. Luego, ignorándolas, se quitó la ropa y se metió desnuda al agua del otro estanque, el que estaba más cerca de las duchas.

Su compañero se sacó la polera y la tiró sobre la banca. Sina observó lo tonificado que era su cuerpo. Aunque no eran abultados, cada músculo se marcaba contra su piel blanca. Probablemente las maniobras de combate que Sina había ejecutado anoche no le habrían dejado todo el cuerpo adolorido a él, como habían dejado el cuerpo de Sina.

Pensó otra vez en el alma de Herio, cómo había estado ayer en su interior y se sintió un poco incómoda, viéndolo ahora ahí. La posesión de almas era algo que nunca había hecho con un desconocido. Ahora, ese joven había visto su interior.

Herio tiró las zapatillas a un lado y se sacó los pantalones, dejándolos en el suelo, para luego meterse al agua solo con ropa interior, en el estanque donde había entrado Minara.

—¡Hey! —exclamó Patme, molesta.

Minara y Herio se volvieron hacia ellas, cubiertos hasta el cuello de agua, ambos con una ceja enarcada.

—¡Búsquense una pieza!

Minara bufó y rodeó a Herio con los brazos.

—Como si las hubiera —espetó, molesta.

—Me he dejado algo de ropa solo por ustedes —dijo el joven, frunciendo el ceño. Dirigió una mirada a Sina y ella recordó las emociones que había sentido en el alma del joven la noche anterior.

«Dolor. Culpa.» Nada de lo cual se veía en esos momentos. Aunque pudo percibir cierto entendimiento en sus ojos antes de que él los desviara hacia su compañera, desnuda.

Minara agarró el rostro del muchacho y comenzó a besarlo. En un comienzo, él puso cierta resistencia, pero luego se dejó.

—Definitivamente, nuestro próximo objetivo debe ser buscar habitaciones —exclamó Patme. Agarró la toalla que había dejado cerca y se levantó rápidamente del agua, tapándose con ella—. Y, definitivamente, lejos de esos dos.

La pelirroja tomó sus cosas de la banca donde las habían dejado y sin vestirse salió al pasillo, cerrando la puerta.

—No es para tanto —murmuró Menad, observando como la pareja se besaba, al parecer sin importarles la audiencia.

Sina observó a la muchacha, que miraba divertida a los otros dos.

—¿Por qué estás aquí, Menad? —murmuró—. ¿Por qué no has hablado con la verdad cuando estaba Patme?

Menad la miró un momento, sus ojos celestes analizándola. Finalmente, una sonrisa apareció en sus labios. Esa sonrisa triste.

Se acercó a Sina, moviéndose bajo el agua y se apoyó en la piedra del estanque, inclinándose para hablar más cerca de ella.

—¿Por qué estás tú aquí, Sina? —dijo, su voz apenas audible, un susurro—. Hay cosas que no se pueden hablar con cierta gente, aunque sean de confianza. Aunque las aprecies. Simplemente por qué no lo entienden. ¿Sabes a qué me refiero, verdad? Sí. Estoy segura lo que sabes.

«Que ginkai más extraña.» A pesar de eso, lo que decía... era verdad.

—Pero tú... —continuó Menad, mirando a Sina a los ojos un momento—. Sí. Tú estás vacía igual que yo.

Sina se sintió inquieta. En el estanque del lado, Minara soltó una risita. Sina desvió un momento la mirada hacia ellos, viendo como se abrazaban y se hundían más en el agua. Volvió a poner su atención en Menad.

—Es por eso que, tal vez puedas entender. Pero Patme, ella no lo entenderá —susurró Menad—. Está demasiado llena. Llena de sí misma y llena de algo más. Llena de juicios, de moral. Llena de seguridad y de luz. Tal vez ni siquiera puedo entender todo lo completa que se puede estar,

como ella.

Sina parpadeó, confundida. ¿Era tonta que no entendía la mitad de lo que decía esa chica? Frunció el ceño. Tal vez a los ginkai les gustaba hablar cosas extrañas.

Pero estaba de acuerdo en algo. Estaba vacía. Y Menad lo había notado. «Por qué lo ha notado una ginkai?». Tal vez, era visible para cualquiera.

Sintió miedo. Miedo de que fuera tan evidente, de que todos sus enemigos supieran su debilidad.

—¿Por qué viniste al programa, Sina? —preguntó Menad, otra vez.

Sina tragó saliva, notando que tenía la garganta seca.

—Vine por la gema. ¿Acaso vino alguien, a este lugar, por algo más?

Menad sonrió. La sonrisa que no tenía alegría.

—Por supuesto —susurró—. Yo, vine a este lugar a morir.

Sina miró sus ojos celestes. La sonrisa que le había parecido llena de pena. Supo que lo que decía Menad era verdad.

—Sin embargo... —Menad inclinó ligeramente su rostro a un lado—. Cuando ese hombre me apuntó con el arma... Sentí miedo. A pesar de que solo había venido a entregarme en los brazos de este Castillo, demasiado cobarde para acabar con mi propia vida. Que otro me la arrebatara, por favor. Pero, no. Cuando vi la muerte ante mi, Sina, supe que no quería morir. —Esta vez su sonrisa fue sincera—. Y gracias a ti viví para saberlo.

Sina guardó silencio, sin saber qué decir o qué sentir. Ella estaba vacía, pero jamás había querido morir. Ya había muerto una vez, y no le interesaba hacerlo de nuevo. No aún.

—Así que, aquí estoy —dijo Menad—. Atrapada en este Castillo, donde ya no quiero morir. Pero, ¿sabes algo? Tampoco sé qué quiero. ¿Quiero vivir? ¿Esa vida de mierda que tenía? —Cerró los ojos un momento—. ¿Lo ves? Por eso sigo estando vacía. Quién sabe. El futuro y nuestros destinos, la vida, es algo que no podemos entender. Tal vez aquí encuentre algo que me ayude a averiguarlo. Gracias, Sina, por ayudarme con el primer paso. Aunque no lo hayas pensado demasiado.

Guardaron silencio un momento. Luego Menad sonrió y susurró.

—Así que no, Sina. No estoy interesada en tu gema.

Sina sonrió de vuelta. Miró el vapor alzándose alrededor de Menad, su melena morena esponjosa por la humedad y los ojos celestes clavados en ella.

Decidió que era era la primera ginkai que le caía bien en su vida.

Esperaba que fuera la única.

Menad desvió su mirada hacia Minara y Herio que comenzaban a hacer sonidos extraños.

—Creo que esos dos deberían tener privacidad —dijo Menad—. ¿Vamos con Patme?

Sina asintió, mirando como Minara estaba prácticamente encima de Herio. Al menos no había cámaras en los baños y no había entrado ningún dron. De todas formas, le pareció que su prima era muy liberal. Allá en el cráter Sina jamás había intimado así con ningún chico ni chica. Ni siquiera con su prometido.

—Bien, vamos —dijo Sina.

Se puso la toalla y miró a su alrededor. ¿Dónde estaban los espíritus de los ginkai muertos? Debían estar en algún lado... Decidió que volvería a buscarlos más tarde, cuando ya no quedara nadie en los baños.

#

Herio estaba solo en los baños. Desde el agua, observaba la visión de los cerros y el puerto a través del cristal. Las miles de casas y edificios coloridos, bañados por la luz del sol.

Minara se había ido hacía poco para no dejar las cosas tanto rato en la carpa, aunque las hubiera dejado con un hechizo de protección.

Él había insistido en quedarse ahí, aún sumergido en esas aguas que elevaban sus vapores hasta el techo.

No creía que fuera buena idea estar ahí solo, con ese castillo vivo, capaz de quizás qué cosas.

Pero necesitaba ese momento.

La experiencia que había vivido la noche anterior... era abrumadora. Y después de todos esos años, ultimamente nada era abrumador para él. La vida era muy aburrida ultimamente. En especial desde que sus emociones

se habían cerrado. Nada lo había removido. Tal vez a causa de su maldición.

«Hasta ahora.»

De solo recordar el contacto con el alma de esa chamán provocaba una profunda excitación en su espíritu.

Conocía gente intensa. Minara lo era. Pero el alma de esa chica... era una de las cosas más intensas que había sentido jamás. Había hecho un gran esfuerzo por mostrarse indiferente cuando se toparon hacía un rato ahí en los baños.

La chica era tan intensa y tan decidida, que él había visto con claridad sus intenciones, cuando sintió su alma. La joven cometería el mismo error que él. Si obtenía los poderes de la gema... terminaría tan maldito como estaba él.

Llevó las manos al agua y se mojó la cara. Necesitaba despejarse. Le hubiera gustado advertirle, pero no podía dejarse llevar. Había dejado su maletín con Ruoti adentro de la carpa y debía volver pronto por él. A Minara no le gustaba cuidarla.

Pero no podía arriesgarse a vincular con Ruoti en ese momento. Si sentía lo que él estaba pensando en ese momento... se pondría furiosa.

Ruoti no soportaría saber que el había compartido algo tan íntimo con una mujer. Y con eso no estaba pensando en el sexo con Minara, sino algo mucho más profundo.

«Compartimos el alma. Por un instante, pero fue suficiente.»

Había sido una sensación única.

Y él solo sabía una cosa...

«Necesito hacerlo de nuevo.»

Por eso, se sorprendió cuando la puerta del baño se abrió y entró ella. La chamán.

Un dron se coló rápidamente y la chica cerró la puerta. Luego se volvió hacia donde estaba él, pareció encandilada por el exceso de luz que entraba por los enormes ventanales, y luego, al verlo, retrocedió contra la puerta.

—Yo... Lo siento —dijo, volteándose para irse.

—¡No! ¡Espera!

Herio salió del agua y se cubrió con una toalla. La chica se giró hacia él otra vez y lo miró. Parecía algo incómoda.

—Ya me visto —dijo Herio.

Ella se giró de nuevo, mirando hacia la puerta. No se fue.

Él se secó rápido y se puso la polera negra y sus pantalones grises, sobre la piel aún algo húmeda. Le pareció divertido que la joven se hubiera avergonzado de verlo en toalla, pero supuso que tal vez no era tan abierta de mente como su prima.

—Listo —dijo, caminando hacia ella, mientras se frotaba el pelo con la toalla. Luego la lanzó sobre una banca—. Ehm, Sina, ¿podemos hablar un momento?

Ella se volvió y lo miró, algo dudosa.

—Supongo —dijo.

Luego, Sina comenzó a caminar por el baño, como si buscara algo. Herio la observó, pensando que era algo extraña. Su forma de caminar, como si fuera mayor. Como si tuviera calculado cada paso que daba, su largo cabello miel cayendo por su espalda, iluminado por la luz que entraba desde los ventanales.

—¿Qué buscas? —preguntó, curioso, siguiéndola con la mirada.

Ella rodeó uno de los estanques, mirando el agua. Iba vestida con una sencilla polera sin mangas, negra y ajustada, larga hasta cubrir parte de los shorts de mezclilla. Sus piernas eran delgadas y toda su piel de un bonito color marrón oscuro, como la canela.

Levantó sus ojos violeta hacia él, desde el otro lado del estanque, como evaluándolo. Herio percibió otra vez esa mirada de lástima que le dirigía ¿Por qué lo veía así?

Frunció el ceño y se metió las manos en los bolsillos.

Ella volvió a mirar el agua.

—Es extraño —comentó Sina—. Que no haya rastro de esos espíritus.

El joven recordó lo que había dicho Minara, sobre que ella debía tener muchos.

—¿Necesitas... espíritus? —preguntó.

Caminó hacia ella, bordeando el estanque. Ambos dando la espalda a los enormes ventanales donde se podía ver todo el puerto y el mar.

—Me sería muy útil tener uno —comentó ella, como si fuera tal cosa. Como tener un cachorro.

Herio sonrió.

—¿Dónde estarán? —murmuró Sina.

Él se encogió de hombros. Notó la polera mojada por el agua que aún escurría de su pelo.

—No tengo idea —dijo—. Si te sirve de algo, estoy bastante seguro que aquí no hay ninguno. Sentiría su presencia. Este castillo es muy extraño. Ni siquiera Minara, que sabe mucho de hechicería, lo entiende.

La chica observó a su alrededor y suspiró frustrada. Luego lo miró, como si reparara en él por primera vez, frunciendo el ceño. Era más baja que Minara, le llegaba hasta debajo del mentón.

«¿Por qué tengo que comparar a otras chicas con Minara?» Se reprendió a sí mismo. Tal vez las comparara porque eran parientes. O porque las dos eran herederas de un clan ancestral. O porque las dos estaban evidentemente locas.

Sabía perfectamente las cosas que hacían las mujeres del Clan Amatista con los ginkai que entraban a su territorio. Después de haber estado fusionado con su alma la noche anterior, lo tenía aún más claro. Esa chica había matado muchos ginkai. Y aún así, a diferencia de Minara, parecía la criatura menos intimidante sobre la tierra.

La joven alzó sus ojos hacia él. Sus iris violeta brillaron con la luz que entraba por los cristales. Esa mirada de lástima, que comenzaba a molestarlo.

—¿Vas a morir? —preguntó Sina.

Herio tardó un momento en comprender la pregunta, de tan absurda que era.

—¿Qué?

Los ojos violeta lo inspeccionaron, no mirando su rostro ni su cuerpo, sino... más allá. Recién entonces él cayó en la cuenta de que ella estaba mirando su aura de muerte. Estaba tan acostumbrado a llevarla, que se olvidaba que para otros era extraño. Especialmente porque en ese país, no eran muchos los que podían verla.

Herio soltó una risa. Ahora todo tenía sentido. Eso explicaba esas miradas llenas de lástima.

Sina lo miró confundida. Algo molesta, como si se burlara de ella.

—Lo siento —dijo él, aún riendo—. Es que... es una de las cosas más absurdas que me han dicho. Especialmente a mi.

Sina frunció aún más el ceño.

—¿Me estás diciendo absurda?

—No, no es eso —dijo él, intentando dejar de reírse—. Lo siento.

Inspiró profundamente e incrementó su aura de muerte, de forma exagerada. Sina retrocedió un paso, notoriamente asustada, pero él la tomó de la muñeca, sujetándola.

—No te hará nada —dijo, dejando que el aura la rodeara.

Pudo sentir la energía de Sina cuando él la tocó con su aura de muerte, como si fuera una extensión de él. Percibía su aprensión al sentir el contacto de la muerte, pero a la vez sintió otra cosa, que lo sorprendió. Sina no se resistió más y se acercó, dejando que el aura la rodeara.

Del susto, pasó a mostrarse... ¿fascinada?

«Sí. Definitivamente es prima de Minara.»

—La controlas —murmuró Sina, levantando sus ojos hacia él.

Herio notó que aún la sujetaba de la muñeca y la soltó.

—La controlo. Y algún día, ella me controlará a mi. Hay algunas formas de matarme, chamán. Pero no es fácil y no será por esta aura. No se te ocurra seguir sintiendo lástima de mi.

Ella asintió, mirando el aura que los rodeaba.

—¿Se puede entonces? ¿Controlar la muerte de esa forma? —preguntó, sus ojos violeta lo miraron, brillantes.

Él recordó lo que había visto en su interior. Lo que ella quería y la razón por la que estaba en ese programa. Suspiró.

Le recordaba demasiado a sí mismo.

—Sina... Sé lo que deseas. Se lo que quieres hacer —dijo. Ella pareció sorprendida—. Lo vi ayer, en tu alma. Y Sina, te agradezco que me ayudaras anoche. Especialmente porque, lo que sentí... fue una experiencia única. —Dio un paso hacia ella—. Fue increíble. No soy bueno con eso de salir de mi cuerpo. Jamás había estado en contacto con el alma de otra persona. Creo que nunca había sentido algo tan intenso.

Ella lo observó, parecía algo sorprendida.

—No pensé que fuera agradable para el otro —dijo, reflexiva—. Pero sí. Siempre es intenso.

—Es, maravilloso —murmuró Herio, acercándose más.

Ella no se alejó. Herio contuvo el aliento un momento. Sentía la necesidad de explicarle su error... «¿Por qué?» Tal vez porque era tan joven, y era una lástima saber que acabaría con la misma maldición que él.

El dron se acercó a ellos, zumbando y Herio lo espantó con la mano.

—Te agradezco, Sina —repitió—, que me mostraras tu alma. Y es por eso que me gustaría darte un consejo. —Ella lo miró, curiosa—. Eso que deseas, es un error. El precio por traer a alguien de vuelta es demasiado grande. Puedo explicártelo, pero no lo entenderás. He visto tu interior y sé que eres obstinada. Pero, si sirve de algo, puedo mostrártelo. —Dio otro paso hacia ella, quedando muy cerca—. Déjame mostrarte, esta vez, mi interior.

Ella asintió, mirándolo a los ojos. Herio la tomó del brazo y suavemente la atrajo hacia él.

Cuando sintió el contacto de su cuerpo, Sina percibió algo... algo que se extendía hacia ella y la llamaba. Sintió un escalofrío cuando el aura de muerte la rodeó más. Alzó la vista y se encontró con los ojos de Herio, muy cerca. Él exhaló, lentamente y su aliento tibio tocó la piel de Sina. Entonces el aura oscura se abalanzó por completo dentro de ella.

Su corazón se detuvo un momento y sus piernas perdieron fuerza. Se aferró a la polera del joven y él la sostuvo.

Y la muerte se le metió dentro, hasta lo más profundo de su ser.

La recorrió por completa. Sina ahogó un grito ante aquella fuerza descomunal que amenazaba con desintegrarla. Escuchó la voz de Herio, diciéndole que aguantara. Y aguantó. Gimió levemente intentando respirar, mientras esa energía la aterrorizaba, pero a la vez la colmaba. Era el miedo, pero al mismo tiempo era tan conocida... Siempre había estado dentro de ella de alguna manera. Siempre cerca, siempre esperando. Era la oscuridad. La oscuridad de la noche, y en medio de ella, una luz que ya conocía; el alma de Herio. Sina sintió su alma, pero no como la noche anterior, donde creyó conocerlo y usó sus habilidades. Esta vez, sintió su alma de verdad. Profundamente.

Y sintió su dolor.

El sufrimiento y la culpa infinita del joven. Vio el rostro de una muchacha, su amor por ella y el desgarró de la locura por la pérdida. La desesperación. La angustia.

«Dolor. Culpa. Culpa. Dolor.»

Vio su maldición.

El dolor fue físico y tan grande que no pudo más y gritó. El aura de muerte retrocedió y Herio se apartó de ella. Sina cayó de rodillas al suelo, jadeando. Por poco cae al agua, pero el joven la sujetó.

Comenzó a sollozar.

—Lo siento —escuchó que decía él, respirando también con dificultad—. No puedes conocer mi alma sin pasar por esto...

Pero Sina no podía dejar de llorar. No entendía lo que había visto, pero había entendido su dolor. El dolor de la pérdida que ella tan bien conocía, pero uno mucho peor. El dolor de la culpa.

Las lágrimas cayeron por su rostro. Estaba repleta de pena y esta salía por donde podía.

—Sina.

Levantó la vista y vio a Herio, arrodillado frente a ella.

El aura ya no estaba. No había rastro. Herio la miraba con preocupación.

El joven titubeó un momento y luego la abrazó, con cuidado. Ella se dejó, calmando sus sollozos contra su pecho. ¿Cómo podía vivir con ese dolor, esa culpa? La polera de Herio olía a madera y pensó que jamás había abrazado así a un extraño.

«Pero él no lo es —pensó Sina—. Es como yo.» El joven había desafiado a la muerte, que era justamente lo que ella pretendía hacer.

Y Herio, al sentir a Sina entre sus brazos, supo, estuvo seguro, que ella cometería su mismo error. Ahora que ambos se habían conocido de la forma más íntima posible, conocido sus almas, supo que se parecían demasiado.

—Te lo mostré, con la esperanza que sepas el precio que hay que pagar —murmuró él.

—No puedo dejarlo —replicó Sina, con el rostro contra su polera—. No puedo... A pesar —dijo, tragando saliva y limpiándose las lágrimas—, a pesar de lo que he visto.

El joven suspiró.

—Lo supuse —comentó—, pero pensé que debía intentarlo.

La ayudó a ponerse de pie. Las lágrimas brillaron con la luz del sol en el rostro de la muchacha.

—Lo tendré en cuenta, de todas formas —admitió ella—. En serio lo haré.

«¿Ese era el precio por traer de vuelta a alguien?» pensó Sina. Lo que había visto en el interior del joven...

—Considera esta advertencia —dijo él—, como un regalo por lo que tú me mostraste, por ayudarme ayer. Espero que no lo ignores. —El joven frunció el ceño—. Ahora estamos a mano.

Sina lo pensó un momento. Aún sentía algo del miedo y dolor que había visto en su interior, pero comenzaba a parecer el recuerdo de un sueño. Las sensaciones se iban disipando, como una pesadilla con la luz del sol.

Observó al joven, que había ocultado su aura de muerte, y sin ella rodeándolo, parecía un chico común y corriente.

—Aun no —dijo Sina, y Herio alzó las cejas—. Hay algo que podrías hacer

por mí. Salvarte ayer me dejó el cuerpo muy adolorido.

Herio ladeó su rostro, interrogativo.

—Sin mis espíritus, me siento bastante inútil —explicó Sina—. Y no puedo andar quitándote tu alma cada vez que lo necesite.

—Una lástima —dijo Herio, con una sonrisa.

Ella lo miró algo nerviosa.

«El combate nunca ha sido lo mío —pensó Sina—, pero hay cosas que deben cambiar.»

—¿Crees que podrías enseñarme a pelear? —preguntó.

Él lo pensó un momento. Hacía tiempo que no entrenaba a nadie.

La observó, causándole gracia que ella pareciera tan tensa esperando su respuesta.

—Tal vez... —dijo, llevándose una mano al mentón, pensativo—. No lo sé... Tendría que pensarlo. Estoy en deuda contigo por haberme ayudado, pero... Entrenar a alguien es mucho tiempo ¿sabes? Eso te dejaría en deuda a ti. Sí. Un poco en deuda, al menos.

—¿Un poco? —Sina frunció el ceño.

—Sí, un poco.

—Está bien —aceptó Sina.

—¿Estás segura? ¿Segura, segura? Después de lo que hicimos recién, sabrás lo que soy. Un trato es un trato.

Herio extendió su mano hacia ella y Sina la miró, titubeante.

«Claro que sé lo que es»

Estrechó la mano del nigromante.

—Segura —dijo Sina.

—Trato hecho —murmuró él, comenzando a pensar en cómo se lo cobraría.

Podía ser muy creativo.

Sina miró sus ojos negros y contuvo la respiración un momento. Ahora, lo comprendía. Lo que estaba mirando, eran los ojos de la muerte.